

LA MUDANZA DE LOS PODERES

DE LA SOCIEDAD DISCIPLINARIA
A LA SOCIEDAD DE CONTROL

Salvador Gallardo Cabrera

ALDVS

Salvador Gallardo Cabrera

(Ojo de agua del mezquite, Aguascalientes, 1963). Ha publicado *Sublunar* (poesía, 1997), *Las máximas políticas del mar* (ensayo, 1998), *Dispositivos de las sociedades de control* (ensayo, 2004), *Sobre la tierra no hay medida. Una morfología de los espacios* (ensayo, 2008) y *Estado de sobrevuelo* (poesía, 2009).

En 1983 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven. Es profesor de filosofía en la UNAM y edita *ICEBERG*, la plataforma digital de Vértice.

LA MUDANZA DE LOS PODERES

ALDVS ENSAYO

Salvador Gallardo Cabrera

LA MUDANZA DE LOS PODERES

DE LA SOCIEDAD DISCIPLINARIA

A LA SOCIEDAD DE CONTROL

ALDVS

Primera edición, 2011

D.R. © SALVADOR GALLARDO CABRERA

D.R. © EDITORIAL ALDUS, S.A.

Tennessee 6, colonia Nápoles

03810 México, D.F.

Tels. 5682 1911 y 5682 1573

editorial_aldus@hotmail.com

www.editorialaldus.com

Miembro Fundador de la Alianza de Editoriales
Mexicanas Independientes, A.C.

ISBN: 978-607-7742-43-2

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Silvia

Sabelia y Salvador

El día

Era una cabeza de león enterrada en la cal y el mundo
había cerrado sus caminos con órdenes de un reino
de hielo y acero.

Agustí Bartra

PREFACIO

Entender que los poderes mudan, como los soles o los reinos, que se conjugan en medio de una relación y no desde una esencia, que no se definen por sí mismos ni por una trascendencia infinita, lo debemos a Nietzsche. El poder es siempre relacional, no sustancial. *Sociedad de control* es un concepto creado por Gilles Deleuze para designar las mutaciones contemporáneas de los poderes disciplinarios que Michel Foucault situó entre los siglos XVII y XIX. Aún cuando reconocemos sus filamentos, el diagrama disciplinario es nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser. Nos encontramos más allá de los aparatos de encierro, más allá del ojo panóptico centralizado, pero no porque esos aparatos hayan sido contenidos o “humanizados”, como sostienen algunos voceros de la redundancia democrática-liberal. ¿No enfrentamos nuevos tipos de sanción ligados a la regulación normalizadora y no a la ley, de formación permanente ofrecida como educación, de exposición mediática desde donde el marketing deviene control social, de tecnovigilancia permanente e ilimitada que opera desplazándose sin punto central? ¿No existe una tentativa de control continuo, unas operaciones ininterrumpidas y perpetuamente variables, de rotación rápida, infestando todo el campo social? Una programación que va más allá de las regulaciones

biopolíticas o de las tentativas de intromisión en la esfera privada y alcanza los modos de subjetivación. Los poderes disciplinarios cortaban los cuerpos, ordenaban y serializaban, proporcionaban modos de conducta. La disciplina moldeaba, el control modula. Moldear es modular de manera definitiva; modular es moldear de manera incesante y perpetuamente variable. Los poderes de control son dispositivos autoconstructivos de mantenimiento, unos poderes de campo ampliado que se convierten en la sustancia de supervivencia para la gente y que, como se verá, modulan los límites de lo humano. "Es posible", escribió Deleuze, "que los más duros encierros lleguen a parecernos parte de un pasado feliz y benévolo frente a las formas de control en medios abiertos que se avecinan. En una sociedad de control nada se termina nunca". El sueño del control nunca ha sido crear espacios parejos, homogéneos, sino alcanzar un poder sin afuera, sin relaciones. ¿Cómo se trenzan, ahora, las relaciones de poder; en dónde prolongan líneas de los poderes capitalistas postindustriales y en dónde inauguran nuevos ordenamientos; cómo funcionan los dispositivos de control, de qué líneas se componen y hacia qué nebulosas de configuración apuntan?

Ernst Jünger describió la armazón técnica del mundo, el nacimiento de la edad de la radiación, la legalidad de las articulaciones disciplinarias y del poder instrumental que preparan una especie nueva de vida: todo un biopoder. Foucault estudió las escalas en que se juegan las mutaciones en nuestras sociedades y estableció los umbrales de mudanza de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control. Burroughs fue el primero en cartografiar esas sociedades adictas al control y vislumbró la posibilidad de una gran máquina de sobrecodifica-

ción planetaria de las subjetividades. Virilio ha despejado los trayectos entre los cuerpos amenazados por la velocidad absoluta de las teletecnologías, la colonización de la biomecánica nano, y la ciudad convertida en un intrincado espacio de control permanente del entorno. Deleuze estableció la lógica, el programa y las características de las sociedades de control y del capitalismo de superproducción como empresa mundial de subjetivación.

Los cinco han escrito desde un mismo espacio de tiempo, desde un horizonte fragmentado de acontecimientos, desmarcándose del servilismo de los intelectuales que, frente al poder, deciden que éste es históricamente racional. Cada uno, en sus trabajos, ha explorado con su escritura fuera de los límites del canon, justo para hacer de la escritura una exploración. Deleuze y Foucault eran grandes escritores; crearon procedimientos novelísticos y poéticos que dieron a la filosofía una nueva potencia. Jünger, Burroughs y Virilio han sido grandes pensadores; inventaron conceptos desde sus propios campos con un rigor filosófico admirable. Todos ellos han escrito alejándose de los saberes establecidos, de sus argucias para invocar y dominar los destinos ajenos, de sus ansias de totalidad, de su carácter unitario. Por eso, entablaron sus trabajos ahí donde era posible poner al descubierto los lugares aún no ocupados por el sentido, las migraciones mercuriales de la luz sobre los planos agitados antes que las configuraciones monolíticas donde los poderes se corroboran a sí mismos, los movimientos en el curso de sus líneas, las ondulaciones, la vida de las superficies y sus relaciones con la atmósfera antes que las jerarquizaciones circulares o las visiones totales del mundo. Ahí, justo, donde crecen las zonas de intensidad, la silenciosa resistencia de lo necesario.

SALVADOR GALLARDO CABRERA

El crepitar de una tabla opaca de información nos sitúa en
Ciudad Control. Miles de ninfusorias pulsan por todos lados.
Trak trak trak trak.

Mixcoac, 2009

ERNST JÜNGER:
PODER Y RESISTENCIA EN LA EDAD DE LA RADIACIÓN

La gran mudanza

El tema de la mudanza del tiempo y de las cosas era para el saber romántico un vasto recurso literario antes que un conocimiento contrastable, una cuadrícula privilegiada para el juego de las representaciones. La mudanza funcionaba como figura retórica: el río que fluye y que es y no el mismo, la progresión escalonada de las estaciones, las oscilaciones en el cambiante cuerpo —y en la no menos cambiante alma—. El fluir eterno. Motivo de queja cuando el ansía y el tiempo no corrían al parejo, fue elevada a la categoría de “efecto” por los románticos. “Es sólo en apariencia que avanzamos”, escribió Novalis. La mudanza, bruma lírica. Saber edificante, reserva artificiosa de sabiduría natural.

¿Con qué nuevos ojos se comienza a distinguir la aceleración del tiempo, la ampliación de los espacios, después de la Primera Guerra Mundial? Algo se ha roto en la realidad del tiempo. Todo lo sólido, según Marx, se desvanece en el aire. Lo que una vez estuvo fuertemente relacionado ahora ondula suelto. Rilke ve llegar vacías cosas indiferentes: manzanas o uvas que no tenían ya nada en común con la fruta o el racimo en que había penetrado “la esperanza y el ensimismamiento de

nuestros antepasados". Ahora, las cosas vividas y animadas decaen y no pueden ser ya sustituidas. "Nosotros somos los últimos", escribe el poeta a Rodin, "que hemos conocido todavía semejantes cosas". Las cosas barridas por la mudanza no caen solas, tienen un límite que comparten con nosotros, comparten nuestro saber. Rodin moldeaba planos de encuentro; buscó hacer fluir las superficies limitantes de los cuerpos y, casi sin saberlo, enseñó a Rilke cómo se afirma un cuerpo en sí mismo. Pero la mudanza toma todo, muestra el otro lado del tiempo, cuando todo se acaba: quedan los *últimos* en un espacio donde las cosas caídas se desvanecen, traspuesto el límite, junto con los restos del saber.

El veneno de la provisionalidad permanente, de la inconsistencia en los medios, de la ambigüedad, creó un paisaje de transición. En este paisaje se delineó la mutación de conceptos e instituciones del siglo XIX; se disolvió el nomos hereditario, se redujo el estamento campesino. Con la Primera Guerra Mundial terminan las monarquías en tanto formas de gobierno operativas y la vieja moral parece incapaz de sobreponerse a los hechos. Se trataba de una época de mudanza, de claroscuro, en la cual los fenómenos netamente definidos perdieron sus contornos. Los antiguos valores ya no tenían curso y los nuevos todavía no se habían impuesto. Dar nombre a los nuevos poderes era el auténtico riesgo y el mayor desafío.

La edad de la radiación

La primera gran ficción filosófica de Jünger podría contarse así: los titanes han regresado del olvido en una figura que representa

el sentido del mundo en esta época. La aparición de la figura del Trabajador muestra una nueva constelación que por medio de la técnica despliega la movilización del mundo. Por tanto, el Trabajador no representa ni un estamento, ni una clase, ni una nación. No es una magnitud económica sino un carácter planetario. Su meta es el dominio total en un Estado Mundial. De ahí que la técnica no sea un órgano del progreso como en el espacio burgués. Su tarea, ahora, es hacer real el dominio: lograr la totalidad del tipo "trabajador" por medio de la movilización del espacio técnico. Alinear la técnica al poder, despojar a la técnica del aura de neutralidad asociada a la narrativa del desarrollo humano, supuso para Jünger una revisión crítica de la lógica del progreso tal como fue proyectada en la modernidad.

Jünger ha escrito que en *El Trabajador* intentó recobrar las esencias que Marx había destilado de Hegel y ver, en lugar de un personaje económico, una figura. Para la figura del Trabajador lo primero es el poder, la economía es secundaria, lo que muestra un quiebre, una ruptura con la concepción predominante del trabajador en el siglo XIX como un ser falto, sufriente. En ese siglo se formó la idea de nación de acuerdo al modelo del individuo. Pero el estado nacional, con sus fronteras y leyes, presupone la tierra repartida para afianzar su poder encubierto, su esclavitud encubierta. Y al Trabajador, explica Jünger, "le repugna la tierra repartida". Además, los principios del estado nacional no bastan para acceder a la identidad del poder y el derecho. Ejemplo de ello fue la Sociedad de las Naciones, cuyo vértice se asentaba en una desproporción: la vigilancia sobre unos espacios enormes a partir de una potestad ejecutiva risible.

En 1932 Jünger preveía la pérdida de sentido de las fronteras y la crisis de prestigio de los gobiernos representativos. Antes de la guerra de 1939, a la vez que se criticaba su valor como doctrina, en varios países habían desaparecido ante formas políticas que los negaban. De entonces data lo que posteriormente se conocería como la crisis de la democracia representativa. Según Jünger, para remontar ese estado de cosas debería surgir un Estado mundial. Su dominio debía darse en la superación de los espacios de anarquía, de variabilidad, por un orden nuevo. Sólo el dominio total clausuraría la movilización del mundo.

La técnica generó la dimensión planetaria del mundo; la tecnosfera irradiaba al mundo entero. El orden de los estados nacionales no podía hacerse con el control de tal dimensión porque sus principios constitutivos colapsaban justamente por la apertura de la escala planetaria. De un conflicto casero se desataba una conflagración mundial. La aparición de la figura del Trabajador señalaba esa mutación y la necesidad de un nuevo orden. Ese orden, según Jünger, surgiría de un Estado mundial.

La visión de Jünger provocó innumerables equívocos. *El Trabajador* se publicó en 1932, cuando la mutación alcanzaba su cresta conflictiva. Pero esa visión logró sobrevivir al contexto de su recepción inicial. El curso de los acontecimientos que siguió a la Segunda Guerra Mundial ratificó su pertinencia. Incluso la así llamada "mundialización" o "globalización", con la que nos aturden a diario, es una vulgarización de la visión jüngeriana.

En *Abejas de cristal* (1957) Jünger narra la historia de un ex oficial de caballería que una vez terminada la Primera Guerra debe servir en la división de tanques. La técnica ha destruido

las competencias individuales, ha modificado la índole del trabajo y de su *ethos*. El capitán Richard, personaje de esta novela, no encuentra lugar en un mundo que prestigia el orden de la uniformidad y suprime la especificidad. La técnica ha evolucionado hasta convertirse en el lenguaje mundial. El poder sobrepasó la esfera del derecho. El nazismo, un totalitarismo suicida, se convirtió en una amenaza planetaria.

La tierra está mudando de piel. Todo es planetario: el telegrafo, las conexiones, el paisaje de talleres (paisaje industrial). Sin embargo, como explica Jünger en *El Estado mundial* (1960), no hay un orden global y "países que se pueden sobrevolar en cinco minutos quieren mantener sus fronteras". Habría que desprenderse del concepto de nación tal como lo acuñó la revolución francesa. De otra forma, ¿cómo se podrían administrar razonablemente y valorizar económicamente los potenciales de que se dispone? Pero el cambio de piel asusta, "y con razón retrocedemos ante una nueva moral que correspondiese a los hechos". En un paisaje de transición todo es borroso; el plan total, su dirección y meta, resultan invisibles. El capitán Richard, que entretanto ha aceptado trabajar en una fábrica de prototipos de tecnología avanzada, se sabe preso de un juego que ciertamente facilita mucho la existencia, pero al mismo tiempo la pone en peligro; porque durante la muda de piel la serpiente queda ciega.

Para una época como la nuestra que ha hecho de la democracia un lugar común y un paradigma político, el pensamiento de Jünger, situado fuera de las tesis liberales, resulta incómodo. Se ha dicho que el Estado mundial es un estado totalitario, una configuración que alimentó los afanes expansivos del nazismo. Sería más acertado entenderlo a partir de su divisa: *Imperium et*

libertas". Además, somos testigos de que el proyecto totalitario no ganó la carrera por la expansión mundial. Con todo, lo decisivo de esta configuración es que junto al Trabajador permite medir cuánta verdad ha creado la gran ficción jüngeriana.

El Trabajador, las articulaciones disciplinadas, la movilización total

El Trabajador tiene mucho de figura y muy pocos representantes singulares. Ése es el riesgo de un pensamiento, como el de Jünger, que va de los conceptos a las figuras y a los símbolos. Pero su concepción del mundo del trabajo como la unidad de la vida en el trabajo mismo alumbra varias caras de este fenómeno que estaban ocultas. El trabajo en la edad de la radiación se ha convertido en trabajo dilatado, continuo, donde las supuestas compensaciones —jornadas de ocho horas, descanso sabatino— son, en realidad, restricciones en un sistema global, permanente, que entreteje en una materia intercambiable el trabajo y el tiempo libre. Todo un mecanismo disciplinario, minucioso y productivo. Nadie como Jünger ha sabido extraer los matices de este mecanismo: quien "sale" de trabajar no se aleja del mundo del trabajo sino que asume una función diferente, "se convierte en un consumidor o en un receptor de noticias". Hay formas especiales de disciplina ocultas tras el carácter de diversión de los medios planetarios, como la radio y el cine. La conexión ha devenido una obligación. Aún más: los medios planetarios han desbordado al acontecimiento. El acontecimiento ya no se haya ligado a su espacio ni a su tiempo particulares; ha pasado a un segundo plano en relación con su transmisión. La transmisión crea ahora el acontecimiento. Los

juicios políticos, las competencias deportivas, las sesiones parlamentarias son diseñados para ser objetos de una transmisión planetaria. De ahí el uso extensivo de la estadística, de los récords, de la primacía de las valoraciones técnicas resplandecientes de vacío. Las “articulaciones disciplinadas”, que Jünger cartografía en *Sobre el dolor* (1934), muestran la fusión de la técnica con un sentido instrumental del poder —una fusión que interesó poderosamente a Deleuze y a Guattari—. El poder ha mudado también de carácter, y las articulaciones disciplinadas han creado una legalidad modificada donde el sentido instrumental del poder, entretejido a la técnica, no se limita a la zona propia del instrumento, no se circunscribe a las modificaciones técnicas, sino que aspira a instaurar “una especie nueva de vida”. Un biopoder tecno-instrumental.

En el flujo de mudanza, desde sus picos quemados, inaprensibles, es posible distinguir el brote de los nuevos órdenes, pero es imposible saber si esos órdenes vienen acompañados de valores adyacentes. ¿Cuál es, entonces, el nombre oculto de la gran mudanza que envuelve y trastoca todo? Jünger actualiza un concepto que usó Nietzsche, y nombra lo innombrable: nos encontramos en la fase última del nihilismo, el más siniestro de todos los huéspedes. El énfasis nietzscheano nos resulta hoy un tanto patético o grandilocuente. En nuestros días los predicadores de parlamento, de calle o de púlpito, los opinadores profesionales de los medios y los profetas del desastre se han encargado de trivializar un concepto que en otros tiempos molestaba los oídos. “Viene la nada”, nos repiten a cada momento, y hay que prepararse para las profilaxis, las recetas, las admoniciones. En *Sobre el dolor* Jünger ponía en juego el nihilismo como un plano de incorporación de la mudanza planetaria cau-

sada por el advenimiento de la edad de la radiación. Más adelante, en *Sobre la línea* (1956), el ensayo que dedica a Heidegger en su sesenta aniversario, muestra los miedos que nos dominan cuando el nihilismo llega a su fase última: uno opera de dentro hacia fuera, parte del espanto ante el vacío interior y obliga a manifestarse hacia fuera por medio del despliegue del poder, del dominio espacial y de la velocidad acelerada. El otro opera de fuera hacia dentro: es el ataque del complejo técnico y de la automatización que cubre todos los flancos de la vida. Una biotecnología del poder. Así, el nihilismo cumplido funciona como un intercambiador en donde los conceptos de Jünger adquieren toda su potencia. La movilización total, desde ese cruce de vías, ha entrado en un nuevo estadio: apunta a instaurar una vía que haría posible la coacción universal.

Jünger escribió *La movilización total* en 1930, dos años antes que *El Trabajador*. Ese concepto, fuente de malentendidos y acusaciones de filonacionalsocialismo, designa el alistamiento absoluto de la energía potencial. *La movilización total*, explica Jünger, alude a un acto mediante el cual una única maniobra ejecutada en el cuadro de distribución de la energía conecta la red de la corriente de la vida moderna, una red dotada de amplias ramificaciones y de múltiples venas, a la gran corriente de la energía bélica. Pero dicho concepto contiene un rizo, un bucle, un pliegue que le otorga una densidad estratificada y lo hace circular en el intercambiador del nihilismo: la movilización total, más que ser ejecutada, se ejecuta a sí misma; ella es, en la guerra como en la paz, la expresión de la exigencia misteriosa y coercitiva a la que nos somete la vida en la edad de las masas y las máquinas. Existe un estrato en el que la movilización total se autoconstruye y se autoejecuta. Tal como hace

la técnica y como sucede con muchos de los sistemas que nos atraviesan, sistemas que se revisan constantemente integrando las estrategias ganadoras en los diversos campos, autoconstruyéndose. En ese estrato se juega, a la vez, el sentido de la técnica que rebasa su mera definición antropológica-instrumental, así como el ámbito desde el cual el nihilismo se cumple a sí mismo.

Es necesario situar las aportaciones filosóficas jüngerianas en su espesor real. Durante mucho tiempo nos hemos contentado con la versión canónica que hace de la obra de Jünger una especie de colección de imágenes que Heidegger utilizaría en su pensamiento filosófico, sobre todo en el tramo en que se pregunta por la esencia de la técnica y el nihilismo. Y esto no es así, en absoluto. Jünger no sólo anticipó a Heidegger en el planteamiento de estas cuestiones —asunto menor, por cierto— sino que creó la plataforma conceptual y los análisis morfológicos de tales cuestiones con un rigor filosófico admirable mostrando cómo se hace filosofía desde la literatura. A Heidegger, el filósofo que recorría los bosquecillos domesticados como quien escribe en bustrofedon, siempre le asustaron los conceptos y las visiones jungerianas. Para decirlo con un término de Thomas Bernhard: Heidegger *cursificó* a Jünger.

Jünger creó una serie de personajes conceptuales —el trabajador, el emboscado, el anarca— que están relacionados directamente con los modos contemporáneos de subjetivación y creación de sí mismo. Además, en una escala temporal, la obra de Jünger atraviesa el siglo XX por completo y sirve de gozne tanto para entender las derivas del siglo XIX como para avizorar los derroteros del siglo XXI. En su obra, hay toda una armazón filosófica conectada con varios de los

problemas que configuran nuestro presente filosófico y vital: la planetarización de la técnica, el nihilismo, la creación de nuevos modos de subjetivación, las derivas biotecnológicas y los conflictos bio-éticos y ecológicos, el agostamiento del tiempo y la aceleración de las velocidades, los mecanismos de poder y las resistencias.

Dispositivos de control

En *Heliópolis* (1949) y *Eumeswil* (1977), sus novelas posthistóricas, a Jünger no le interesa hacer profecías, sino anticipar atmósferas posibles. Sus personajes hacen un salto en el tiempo hacia el futuro y por eso pueden, desde ahí, explicar su presente y referirse al pasado. En ese sentido, los dispositivos que aparecen en sus novelas remiten siempre a un contexto de actualización de los poderes y de los controles.

Heliópolis es una ciudad postapocalíptica. Un residuo de los Grandes Incendios. El Regente del nuevo orden mundial gravita entre las esferas celestes y se ha llevado consigo los secretos de las armas pesadas. Posee el monopolio del poder. Su retirada ha dejado un vacío imposible de llenar pues la expectativa de su regreso actúa como una fuerza disuasiva real. Las repercusiones de este vacío en Heliópolis se manifiestan en una mera práctica política de lo posible, en un frágil equilibrio entre el Procónsul y el Prefecto, entre el poder legal y el poder popular. Sus disputas semejan “simples querellas provinciales” y terminan, inexorablemente, en el tribunal de arbitraje, cuya consideración queda reservada al Regente. La resolución de este estado de cosas sólo podría conseguirse a escala mundial; una

solución que ya ha sido tomada aunque sea de forma virtual. Fuera de Heliópolis se hallan las Hespérides, islas de intercambio de bienes e ideas, y más allá de ellas, se extienden los “incierto imperios”, los “dominios maravillosos” que brotaron del perol radioactivo de los Incendios.

La bipolaridad de Heliópolis se dobla también en el control de los medios: el Procónsul tiene el dominio sobre el tesoro y el Prefecto sobre la producción de energía que constituye la parte socializada de la economía. El consejero de minas, además de resguardar las reservas áureas y de coleccionar placas de lirios fosilizados, ha escrito una utopía que considera podría ser la desembocadura racional a la inestable estabilidad de Heliópolis. Para situar su escrito, el consejero de minas dividía el desarrollo histórico de la tecnociencia en tres fases. La primera, a la que denomina “titánica”, se concentró en la construcción del mundo de las máquinas. La segunda fue racional y desembocó en el automatismo perfecto. La tercera es nombrada “mágica” porque en ella se dio vida a los autómatas. Esta subdivisión subvierte el trazo episódico canónico de los manuales de historia de la tecnología. No contempla la edad de los instrumentos en tanto extensiones o imitaciones del cuerpo humano —el martillo es el puño—. Tampoco el sentido de la tecnología de los romanos como una hazaña, ni la combinatoria, ingenios y artefactos de la alquimia. Lo que Jünger busca acentuar es la aparición del mundo de la máquina industrial en cuanto quiebra la línea orgánica directriz y la línea física directriz a que se ceñían los instrumentos y la tecnología de los antiguos. La máquina industrial resolvió su cometido con medios propios; la mano que cose no hace el mismo trabajo que la máquina de coser. La máquina industrial no sólo cambia la

magnitud y la dirección de aplicación de una fuerza; reconduce las fuerzas, las hace actuar bajo determinados presupuestos, y por eso su propia definición prescinde de toda finalidad humana, de la proyección orgánica y, en parte, del mundo mecánico-tridimensional. Se entiende, entonces, que la fase mágica de la técnica sobrevenga a una fuga del mundo mecánico-tridimensional. Los sueños que no pudo cumplir nunca la alquimia son ahora posibles.

Si nos detenemos en los diseños tecnológicos que Jünger pone en juego en sus obras es posible advertir que hay máquinas perfectamente concebidas. Combinan cuerpos resistentes dispuestos de tal modo que actúan bajo determinados presupuestos por medio de sus fuerzas mecánicas. Las máquinas pueden estar formadas por múltiples elementos, pero no son conjuntos multilineales como los dispositivos. La definición cibernética de la máquina implica solamente una caja blanca o negra para convertir mensajes de entrada en mensajes de salida. Un dispositivo, en cambio, puede estar transido por líneas no-maquínicas, pero siempre maquina una relación. Puede ser un engranaje de control o servir como plataforma de resistencia: un mismo dispositivo puede extender lazos de control y líneas afirmativas de vida. Los dispositivos no funcionan desde la estabilidad ciega o desde la regularidad permanente; sus líneas de recepción les permiten automodularse. Es claro que no hay que pensar en los dispositivos como en supersistemas o supercomputadoras que controlan todo o que están en vías de hacerlo. Los poderes son más sutiles. De ahí la importancia de entender su morfología. Ernst Jünger anticipó máquinas, técnicas y dispositivos. En lo que sigue trataré de hacerlos aparecer en sus ámbitos de aplicación:

EL FONÓFORO

El sueño del teléfono es muy antiguo. Algunas de sus líneas genealógicas se pierden en el sueño mayor de la ubicuidad. Pero una vez que fue soñado hasta su realización, provocó de inmediato cierto fastidio: “así que eso es el teléfono; tocan una campanilla y usted responde”. Muchos de los inventos de la era industrial comparten esa misma carencia de aura. Son instrumentos de la nivelación técnica.

El fonóforo, soñado por Jünger en *Heliópolis* (1949), es la anticipación del teléfono móvil celular. Como tal, acentúa el grado de nivelación, es el medio ideal de la democracia planetaria, un instrumento que “vinculaba a todos y cada uno de los individuos de forma invisible”. Se trata de un pequeño aparato, una caja aplanada que se llevaba en el bolsillo del pecho del que sobresalía apenas el grosor de un dedo, con un disco de conexiones fijas. La nivelación, desde luego, funciona mejor en un medio altamente jerarquizado. Por ello, hay varios tipos de fonóforos: de universitarios, de tecnócratas —color gris aluminio— y el panfonóforo de oro. El fonóforo es un simplificador de gran eficacia. Lo mismo sirve para establecer la democracia electrónica y permanente, votaciones y consultas, que como vehículo de transmisión de información. Cumple las funciones de documento de identidad, pasaporte y sirve como instrumento náutico y meteorológico. Comunica automáticamente con cualquier otro fonóforo en el mundo. Muestra la situación de las cuentas bancarias, expende billetes para viajes. Recibe noticias de todas las agencias y universidades. Permite consultar todos los libros.

Muchas de las líneas tecnológicas de nuestro presente confluyen en el fonóforo. La línea de miniaturización de los conduc-

tores, la línea de la tecnovigilancia biométrica del documento único de identidad, la línea de la hiperconectividad. Pero lo decisivo es que el fonóforo está entramado en un dispositivo rizomático complejo:

LA OFICINA DE CONVERGENCIA

La era de la técnica multiplicó los campos que había que investigar y ordenar científicamente. Jünger explica cómo esta nueva mentalidad, que ya apuntaba en los inicios del siglo XX, logró una cohesión a la vez racional y simbólica soportada por operaciones básicas de registro y estadística que corrían a cargo de las computadoras. Esa racionalidad se intensificó en las catacumbas, en los refugios subterráneos a donde fueron trasladados los archivos, las bibliotecas, mapotecas y museos de arte durante los Grandes Incendios.

Los trabajos inauditos para tematizar los saberes de una época, como los que llevaron a cabo los enciclopedistas franceses o Novalis, semejan trazos propios de la edad de hierro vistos desde la racionalidad técnica de la edad de las máquinas inteligentes. No por la fuerza que alimentó esos trabajos sino por la dimensión espacial y la cualidad de abstracción de la nueva racionalidad. De los talleres subterráneos de abstracción ampliada surgió la Oficina de Convergencia. Un dispositivo que relaciona por medio de un sistema de coordenadas cualquier cosa dotada de forma. Su escudo está formado por el cruce de una abscisa y una ordenada, “con la blasfema divisa *Stat crux dum volvitur Orbis*” (la cruz permanece firme mientras el mundo se mueve). Y así opera: un investigador

descubre en una tumba transcaucasiana el asa de una jarra o de un vaso. Envía sus coordenadas y medidas a la Oficina de Convergencia, en donde alimentan las máquinas con esos datos. Una nota, proveniente del archivero o banco de datos, enumera los objetos cuyos perfiles tienen mayor o menor parecido con el asa descubierta. Otros vasos, dibujos de los calados, jeroglíficos o la vibración de una concha. Para terminar, se añade la documentación escrita procedente de los museos y de la bibliografía existente al respecto. Vista así, la Oficina de Convergencia parece un sistema de localización avanzado y una matriz decodificadora. Pero tras esa apariencia inofensiva se esconde un dispositivo que regula y utiliza los condicionamientos espaciales del poder. Si se puede localizar cualquier punto en la tierra también se puede amenazarlo. Esto enuncia la mutación exponencial que ha sufrido la estadística: “hacia el interior encarna el saber y hacia el exterior el poder”, dice uno de los personajes de *Heliópolis*. La estadística llevada a sus últimas consecuencias permite probar todo y ahí donde todo es demostrable, todo está permitido. ¿No anuncia también esta mutación el salto a una sociedad de control en medios abiertos?

La plataforma de recepción del dispositivo funciona consensualmente: un algoritmo trazado en diagonal permite utilizar la múltiple diversidad de los saberes y las cosas del mundo, pero la operación trasciende al usuario así como el algoritmo no aparece en la operación, se sustrae a la operación. El dispositivo se alimenta de los saberes parciales de los usuarios; los utiliza para configurar una matriz asfixiante. Una trama de la que nadie escapa. Toda consulta queda registrada. Cada llamada desde un fonóforo aporta una conexión. Necesariamente, el

índice total de las conexiones se establece como virtualidad pura —el control no requiere índices totales sino configuraciones parciales que le permitan adaptarse y modificarse en un estado continuo de *work in progress*—. El índice total es el sueño de quien navega por el dispositivo pero ese sueño tiene un revés: la eterna vigilia del control. Quien navega va dejando una estela de sus trayectos, de sus paradas y rodeos. Una línea de puntos configura una red de coordenadas y vectores. El ideal de este control sería la conexión total; que la existencia social se agotara en el conectar y desconectar —un ideal que en vida de Jünger la televisión había alcanzado ya parcialmente; un ideal arcaizante, por tanto—.

EL LUMINAR DE EUMESWIL

No sabemos qué pasó con el mundo bipolar de Heliópolis ni con el Regente encapsulado en el spatium. Quizá no pudieron sobrevivir a la ola de disgregación que siguió al colapso del Estado mundial —si ola está en la raíz del colapso, ¿cómo le sigue?—. Se podría decir que Eumeswil es el horizonte de Heliópolis a condición de no entender ese horizonte en un sentido histórico. En Eumeswil ya no queda sustancia histórica; es imposible distinguir ahí entre fundamento y causa: “una ciudad en la que nada parece real y todo parece posible”. Con sus territorios y sus islas configura un espacio intermedio entre los reinos de los grandes khanes y las ciudades-estado de los epígonos. Morfológicamente, esta situación semeja el orden-mosaico posterior al resquebrajamiento del imperio de Alejandro. Jünger nos pone en la pista de ello al señalar que *Eumeswil* viene

de Eumenes, el griego, entre los macedonios. Se refiere al diadoco de Pérgamo.

En esta ciudad sin espesor histórico, donde la masa es ahistórica y la élite se evade en sueños metahistóricos, un historiador que sirve como barman en la alcazaba del tirano de Eumeswil utiliza el luminar para sus exploraciones del pasado. Pero “utilizar” no es la palabra adecuada. El luminar proviene de la fase mágica de la técnica, según la división que estableció el consejero de minas de Heliópolis, y a un dispositivo tal no se le “utiliza”; más bien se le “conjura”. En el luminar se siguen los detalles, por ejemplo, de la visita de Rousseau a Hume; se toma parte en un desfile o en una revisión de tropas; se hace pasar ante una serie de sucesos relacionados —el asesinato de Julio César, el de Sarajevo—; se está con Boecio en su mazmorra y con María Antonieta en el Temple. El luminar, como la Oficina de Convergencia, se fraguó en las catacumbas. Es producto de una pasión archivadora que parece desbordar todo propósito histórico y, a la vez, del miedo a la aniquilación, al fin del mundo por el fuego, que lleva a la existencia subterránea: “perforaciones, excavaciones, catacumbas, actividades plutónicas de toda especie”.

¿Es el luminar una biblioteca ilustrada? ¿Un archivo histórico animado? En las catacumbas no sólo se crearon enciclopedias gigantescas y no sólo se escribió historia, sino que también se hizo volver al tiempo, se le presentó con sus imágenes y sus actores. Cuando se cita una determinada escena, se llega al conjuro mágico. Si se cita el plan mundial de Fourier, aparece como ya realizado: emergen las altas torres blancas de los falansterios entre los campos de cultivo, en toda su dimensión espacial. Algunos de los días de la vida de Tiberio están regis-

trados minuto a minuto, en tiempo real sólo que inmutable, detenido, sin flujo alguno. Y todavía más: el fallido boceto que hizo Engels de Max Stirner, el autor de *El único y su propiedad*, fue revisado y corregido en el luminar por los médiums que habitan en las catacumbas como en una república subterránea, topera de sabios o laboratorio de realidad virtual.

El luminar es un dispositivo con una pantalla, un teclado, un transformador. A la transmisión de los textos y a su combinación suma representaciones escénicas. Todo está allí, todas las interconexiones posibles, cruzándose, desplegándose en cualquier tema seleccionado, y todo ello en una espiral inabarcable que en cada punto que se va tocando crece como un laberinto infinito. Sí, el luminar “es una máquina del tiempo que, además, lo elimina por superación”. Una máquina del tiempo que anticipa a internet —*Eumeswil* fue publicada en 1977— por sustracción del tiempo real y por inconmensurabilidad. Muchas máquinas del tiempo han sido soñadas; nunca un dispositivo como el luminar que alcanza el estatuto de personaje de una de las mayores novelas de la literatura del siglo pasado; una novela que además de ser un bello y acucioso estudio sobre la anarquía logra dibujar en nuestro mundo hiperconectado-insular las relaciones entre la historia, la sociedad y un tipo nuevo de resistencia: la del anarca. Pero el luminar es también una máquina del tiempo que funciona como un libro, sin cables ni pantallas, mas abierto y conectado al afuera, donde desde el presente de la novela, que es el futuro del lector, se explica el pasado de la novela, que es el presente del lector. Los bibliófilos irregulares y los lectores del pretérito imperfecto —sin pantallas—, agradecemos ese guiño con que Ernst Jünger despide *Eumeswil*.

MATRÍCULA DE TRIBUTOS

He aquí algunos aparatos y técnicas que Jünger nos legó como tributo al tiempo:

Entre los drones que vigilan, equipados con receptores, radares, videos y termografía, los hay de dispersión y control frontal: el tanque-planeador que patrulla pesadamente “como un escarabajo de azulado acero”; y otros, como las abejas de cristal, portentos de la miniaturización que bajo una apariencia de juguetes cargan todo un arsenal.

Tres técnicas post-utópicas: la de los auro-i-manes para extraer el oro del mar; la del bronce térmico que permite climatizar grandes espacios a bajo costo, y la del punto cero genético para acelerar los cultivos en cualquier dirección deseada.

Un espejo electrónico que dio nacimiento a la nueva cosmografía. Una ballesta de impulso magnético. El papel inflamable y la cámara acorazada. El bolígrafo de destellos. Y muchos ingenios más que describiría para ustedes si el fonóforo no estuviese sonando.

Personajes conceptuales, modos de subjetivación, resistencia

Los puntos de interés de Jünger son múltiples. Lo mismo dirige su atención a los fundamentos de la guerra que a las experiencias con drogas, las consideraciones acerca de nuestra época, los saberes ocultos de la tradición, los relatos de viajes, la entomología y las ciencias naturales, las gramáticas antiguas, la literatura fantástica, los mecanismos de transmisión de poder, las culturas fundacionales y sus mitos, el salto de lo micro a lo

macro, los saberes yuxtapuestos en un mismo estrato: la astrología tanto como la astronomía, la ordenación de Linneo y las cualidades mágicas de las plantas.

A esta multiplicidad de intereses responde una diversificación de formas literarias que siempre están imbricadas, en constante combinación: la luminosa mezcla de las especies. Pocas escrituras han sacado de la propia vida tanta literatura. Pero también muy pocas vidas de escritor han sido vividas de una manera tan poco ortodoxa, fuera de los cubículos, fuera de los congresos y de los circuitos de promoción, en la línea de resistencia al presente. De ahí la ambivalencia que rodea su vida y su escritura. Ambivalencia, no confusión. Escritura donde lo exacto pesa más que lo bello, lo necesario más que lo moral.

En el camino de la ambivalencia o el desmarcaje Jünger se mueve como uno de sus escarabajos favoritos. Como la cicindela en la arena, primero aguarda inmóvil, después centra un objetivo y se precipita sobre él antes de fijarse de nuevo en la inmovilidad. ¿No es éste el movimiento de las digresiones que ramifican su discurso con nuevas tramas y datos hasta hacer del discurso una suma de digresiones? La digresión es un extraño en el discurso. Un extraño bienvenido que va a contar sus propias historias.

Al movimiento de la cicindela aspiran las figuras jüngerianas de resistencia al presente. Los peligros del presente, en correspondencia a un pensamiento de figuras, son caracterizados por símbolos. El símbolo de nuestras sociedades es el Titanic: en él aparecen juntos la *hybris* del progreso y el pánico, las máximas comodidades y la destrucción, el automatismo técnico y la catástrofe. En su interior, las propuestas libertarias liberales nada pueden ante la coacción tecnocrática que quiebra la

libre voluntad y que se ha vuelto compacta y universal. En el Titanic, otro nombre de Leviatán, “la oposición es un estímulo para los dueños de la violencia”, escribe Jünger en *La tijera* (1990). La propaganda sustituye a la moral, las instituciones son utilizadas como instrumentos de perpetuación del poder. Los derechos individuales adquieren una naturaleza dinámica: se fundan en el poder, no en su propiedad como se concede por estatuto constitucional. Por ello, la moral y el derecho no concuerdan; la mayoría puede tener el derecho a su favor y ser al mismo tiempo injusta.

¿Cómo hacer, entonces, visible la libertad en la resistencia? Cuando el *no* estipulado como derecho en las constituciones liberales sólo sirve para otorgar curso legal al *sí* mayoritario; cuando ese *no* ya estaba previsto en la forma en que se realiza la elección, ¿cómo hace la persona singular para salir de la estadística? Jünger tantea en terrenos que escapan a la tiranía del lugar común de la democracia liberal representativa. Muchos han visto esta actitud como un signo claro de su vocación guerrera e irracionalista, de rechazo al supuesto universalismo de las formas democráticas de vida. Se trata, dicen, de explicaciones suprahistóricas de corte fatalista o de propuestas metapolíticas que acomodan los hechos sin ninguna responsabilidad.

“Intimismo esencialista” resume, en un marbete, la desaprobación a la postura jüngeriana. Desaprobación apresurada si se toma en cuenta que desde otro lado de la reflexión democrática contemporánea se atiende justamente el fenómeno radical señalado por Jünger, es decir, la igualdad pasiva frente a las enormes diferencias de función; las disposiciones que se identifican con la democracia liberal como trazos hechos para una época más lenta y socialmente menos compleja que la nuestra.

En la obra de Jünger se distinguen dos figuras que están en relación directa con el problema de la libertad en la resistencia y con la posibilidad de creación de nuevos modos de subjetivación: el emboscado y el anarca. En letras minúsculas, entre los actos de las figuras y los datos de época, aparece la “persona singular”, una especie de estrato liberal cuya función es servir como indicador de los peligros y las disyuntivas que atraviesan nuestro tiempo.

La emboscadura (1951) es una revisión de *El trabajador*, un ensayo sobre la posibilidad de la libertad en nuestra situación histórica. Es también un diálogo con *El hombre rebelde* de Camus: “yo me rebelo, luego somos”. Irse al bosque, emboscarse, no conforta ni trae paz; “no es una actividad idílica ni un acto romántico”. No cabe escoger entre el bosque y la nave, el Titanic. Es más bien un trasladarse del orden “abarcable de la estadística a otro orden, invisible”. La disyuntiva que le plantea nuestro tiempo a la persona singular es o bien poseer un destino propio o bien tener el valor de un número. Por ello el autor es un emboscado, su sustento es la independencia. El emboscado está decidido a ofrecer resistencia y tiene como propósito llevar la lucha sin detenerse en el hecho de que la consecuencia ética del automatismo es la fatalidad.

“Emboscarse” era una antigua práctica islandesa que seguía a la proscripción. Mediante la emboscadura “proclamaba el hombre su voluntad de depender de su propia fuerza y afirmarse en ella sola”. El bosque era el lugar de la libertad. Jünger actualiza esa práctica para mostrar que existen medios de resistencia diferentes a los del *no* institucional. La doctrina del bosque parte de una confrontación del hombre consigo mismo, pero el propósito de tales medios no es la simple colonización

de reinos interiores: “no podemos limitarnos a conocer la verdad y la bondad en el piso de arriba”, escribe Jünger con pasión que hiende el lugar común, “mientras en el sótano están arrancando la piel a otros”. El emboscado sabe que la posibilidad de conculcar los derechos está en relación directamente proporcional a la libertad con que se enfrenta. Por eso, no le permite a ningún poder que le prescriba la ley, ni por la propaganda ni por la violencia. Así, la emboscadura puede hacerse realidad a cada hora, en cada sitio, también frente a una enorme superioridad de fuerzas. Contra esas fuerzas superiores, las rutas extremas sirven si se mantiene franco algún camino.

Mientras que la rebelión del hombre rebelde de Camus era el acto de un hombre informado, que tiene conciencia de sus derechos individuales, para el emboscado la libertad acaso exija dejar al tiempo, como botín, la cualidad de individuo tal como la entendió el liberalismo. Camus piensa que la idea de la rebelión sólo tiene sentido en la sociedad occidental, pero continuamente apela a la “humanidad”, ya sea como prueba de la solidaridad rebelde, ya sea para encontrar el nexo entre la experiencia del sufrimiento individual y la conciencia posterior del ser colectivo. La divisa del emboscado es “aquí y ahora”, en cualquier lugar, a solas u organizando una minoría selecta que marque frente al Leviatán las medidas de una libertad válida; una libertad que es preciso readquirir una y otra vez.

La figura del anarca está encarnada en Martín Venator, historiador de profesión, barman en la alcazaba del tirano de Eumeswil, El Cóndor. Una posición —otra vez como la cicindela— situada en la zona estratégica que separa el mar del bosque. El mar es el reino de Leviatán, el bosque es el indeterminado lugar de la libertad; la constelación dominante es acuario.

El anarca es la contrapartida positiva del anarquista. Es una figura donde Jünger mezcla algunos elementos genealógicos, debidos a Nietzsche, con observaciones de tipo geológico. Así, una precisión geológica encuadra a Eumeswil como un “aluvión de acarreo de una masa popular sobre zócalo alejandrino”. El anarca encuentra su sedimento genealógico, su linaje, en la taberna de “Jacob Hippel”, lugar de reunión de Bruno Bauer y Los Libres, mejor conocidos como la Sagrada Familia, gracias a un panfleto que Marx y Engels escribieron en su contra. A esas reuniones asistía Johann Caspar Schmidt, a quien sus compañeros apodaban “frentudo” (Stirner), apodo que se convirtió en el apellido perfecto para un nombre invisible: Max. Max Stirner, autor de *El Único y su propiedad*. El Único dice:

esto no es mi causa. Nada hay superior a mí. No siendo mi objeto derribar lo que es, sino elevarme por encima de ello, mis intenciones y mis actos no tienen nada de político ni de social [...] la revolución y la insurrección no son sinónimos; la revolución ordena instituir. La insurrección quiere que uno se subleve o se alce. Yo he basado mi causa sobre nada. Mi causa no es divina ni humana, no es ni lo verdadero, ni lo bueno, ni lo justo, ni lo libre, es lo mío; no es general, sino única, como yo soy único. (p. 147)

Jünger recorta la figura del anarca a partir de una espiral de contraposiciones que gira sobre la persona singular; en este caso, muy cerca de los atributos del “hombre natural”, del Único. El anarquista es el antagonista del poderoso, el anarca es su polo contrario. El poderoso quiere dominar a todos, el anarquista quiere acabar con él, el anarca sólo busca dominarse a sí mismo —por ello tiene una relación objetiva, y escéptica, res-

pecto del poder—. El anarquista ha sido expulsado de la sociedad; el anarca ha expulsado a la sociedad, no quiere mejorarla sino mantenerla a distancia.

Venator puede conservar su libertad y servir como camareero porque no se compromete con nada; no toma nada con definitiva seriedad, nunca al modo nihilista, sino como un centinela en la línea de avanzada. Únicamente retrocede ante el disfraz de la entrega última, los juramentos, el sacrificio. Los problemas morales o de derecho son para él accidentes de circulación que, a lo más, exigen cambiar de camuflaje: el anarca puede revestir todos los disfraces. Puede, explica Jünger en un pasaje de *Eumeswil*, “trabajar tranquilamente tras una taquilla o en una oficina. Pero cuando las abandona, por la tarde, desempeña un papel totalmente diferente”.

Su actuación política semeja la de un “robinson” por la “naturalidad” en sus elecciones, por la simpleza de sus definiciones: cuando hace calor se quita el sombrero, cuando llueve abre el paraguas, cuando tiembla sale de casa. No está a favor ni en contra de la ley, no la reconoce, pero procura conocerla. Al anarquista, en cambio, un simple control de pasaporte le resulta funesto.

El anarca está más afirmado en sí mismo que el emboscado. Sin embargo, no es un individualista. No se presenta como “gran hombre” o “espíritu libre” por una razón de método: su meta no es la libertad ya que ésta es su propiedad. Además, tiene un grado mayor de distanciamiento respecto de cualquier tipo de idealismo. Quizá esto se deba a que en *Eumeswil* se ha consumido la sustancia histórica y el catálogo de posibilidades parece agotado. Resulta necesario que en un lugar así se acen-túe la nostalgia por la configuración de mitos.

Hay una tensa ambigüedad en la configuración del emboscado y del anarca. Algunos de sus rasgos decisivos los sitúan como figuras transhistóricas. Pero esta ambigüedad transhistórica, como han visto Deleuze y Guattari, no las descalifica porque esas figuras arrastran a otras —el Trabajador, el Soldado desconocido, el Rebelde— en una línea de fuga común. No son viejos mitos ni figuras arcaicas; son las nuevas figuras de un agenciamiento —*agencement*— transhistórico, ni histórico ni eterno, sino intempestivo.

El lugar de la palabra es el bosque. El bosque es el lugar de la ambivalencia, de la libertad indeterminada, de la vida y la muerte. Al final de la novela, Venator viaja a los bosques después de lograr el distanciamiento total frente a la existencia física —esta prueba sucede, en las obras de Jünger, frente a un espejo—. Al final de *Heliópolis*, Lucius de Geer inicia un recorrido hacia “donde se realizan los auténticos sueños”. Se trata de viajes al reino de lo ilimitadamente posible; allá donde “la esperanza conduce más lejos que el terror”. El lugar de las palabras, una vía libre y salvaje donde el escritor tiene que asumir sus riesgos “aunque sea él mismo uno de los animales contra los que está prohibido tirar”. Allí, escribe Jünger en *La tijera* (1990), “es posible hacer visible lo invisible; las cosas que no están presentes podemos acercarlas a la intuición mediante símbolos”. ¿No es eso justamente lo que ha hecho Ernst Jünger? ¿Nombrar lo invisible “junto al muro del tiempo”? ¿Mostrar que la resistencia y los nuevos modos de subjetivación pueden ser posibles aún en un presente que los hace aparecer como estrategias impracticables? Señalando a quien quiera ver que el camino puede convertirse en meta a cada momento si al pensar o al crear se resiste.

MICHEL FOUCAULT: LA ESCALOMETRÍA DE LOS DIAGRAMAS DE PODER

Los espacios, la escalometría

Michel Foucault fue un gran pensador del espacio, de los espacios. Casillas, diagramas, formas celulares, una torre con bordes de ojos en los muros, un triedro que instituye una diferencia, un cuadrilátero móvil, tablas clasificatorias, líneas genealógicas, recorridos de superficie y órdenes en cuadro o en malla, ciudades sitiadas por la peste, series, dimensiones, campos, intersticios iluminados, coordenadas de buques-hospitales, lienzos, arquitecturas y geometrías, desplazamientos en las orillas que son formas en desequilibrio casi borradas, huecos del no saber, los ennegrecidos cuadrantes de un archivo quemado.

Nadie, después de Swift y de Nietzsche, había pensado el poder en relación con las escalas. Foucault creó un plano de escalas, toda una escalometría. Se podría decir que la densidad del poder es un dato que debe situarse en función de la escala considerada. La disciplina, por ejemplo, es una "anatomía política del detalle". Una anatomía que distribuye a los individuos en el espacio de una microescala por medio de procedimientos menores, ínfimos, modestos si se comparan con la escala fastuosa de los rituales de poder de la soberanía. Así como la prisión supone una materialidad y una física distintas

de las del teatro punitivo y del cadalso, así también la disciplina introduce un cambio en la escala de poder.

Gracias a ese plano de escalas con que Foucault supo investir sus investigaciones históricas y sus intervenciones genealógicas, es posible advertir los deslizamientos entre un diagrama de poder y otro. Paul Veyne escribió que Foucault era un nominalista en historia. Pero es la escalometría la que permitió tal nominalismo. No más esos ciclos de recurrencia y uniformidad, ni esa atención al tiempo desigual de la grandeza y la decadencia de los imperios, de los regímenes o de las instituciones. Una mirada útil sobre los diagramas de poder permitiría, en cambio, descentrar sus coordenadas, hender sus supuestas estructuras temporales y practicar un trazado de escalas diferentes. Aun a escala local, densidades parecidas tienen un contenido diferente: las tecnologías disciplinarias del hospital o de la escuela están emplazadas para fabricar individuos, pero la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y el examen cobran dimensiones distintas en una u otra. Una misma densidad, considerada en diferente escala, genera una distorsión en el campo de relaciones.

Esas escalas permitirían observar la mudanza de los diagramas; funcionarían como indicadores de una torsión o de un deslizamiento. Foucault construyó el análisis del poder en las sociedades trazando diversos tipos de diagramas: de contorno, sobre las sociedades de soberanía que gravaban la producción más que organizarla, que decidían la muerte más que administrar la vida. Diagramas de intervención sobre las sociedades disciplinarias que operan a través de diversos aparatos —la prisión, la fábrica, el asilo, el hospital, la escuela—; que producen y regulan las costumbres, los hábitos, las prácticas productivas

y estructuran el terreno social ofreciendo una lógica propia a la “razón” de la disciplina. Por último, de la articulación ortogonal de la norma de las disciplinas y de la norma de las regulaciones, aparece el diagrama del biopoder, un poder no disciplinario sino regularizador, continuo y sabio, que hace vivir de acuerdo a un programa.

¿Existe una progresión que iría de la sociedad de soberanía a la disciplinaria y, de ésta, a la sociedad de control? ¿El diagrama de soberanía fue sustituido por el disciplinario que, a su vez, está siendo sustituido por el diagrama de control? ¿Se pasó de un estado territorial a un estado de población y, ahora, se transita a un estado de control? ¿Hay algo así como una secuencia ley-disciplina-control? ¿O un desenvolvimiento unidireccional prohibición-prescripción-regulación?

En *Seguridad, territorio, población*, el curso que dictó en el Collège de France entre 1977 y 1978, Foucault ensayó varias tentativas para mostrar cómo mudan los diagramas de poder. Desde su presente, el presente de las sociedades de control, que en ese momento llama de “seguridad”, explica que al enfocar los mecanismos de seguridad contemporáneos resulta evidente que no constituyen en modo alguno una anulación de los mecanismos disciplinarios. No hay una serie en la cual los elementos se sucedan unos a otros y los que van apareciendo causen la desaparición de los procedentes. “No hay era de lo legal, era de lo disciplinario, era de la seguridad”, decía Foucault. Las tecnologías de poder no son inmóviles, no son estructuras rígidas que apunten a inmovilizar procesos vivientes gracias a su propia inmovilidad. No cesan de mudar bajo la acción de numerosos factores. Si una institución se desmorona, explicaba, “no es forzosamente porque el poder que le servía de base haya

quedado fuera de circulación. Puede ser porque se ha tornado incompatible con algunas mutaciones fundamentales de esa tecnología”.

Así sucedió con algunas tecnologías de poder disciplinarias en la segunda mitad del siglo XVIII: fueron englobadas, integradas, modificadas parcialmente y utilizadas implantándose en una tecnología no disciplinaria, de otro nivel, de otra escala, que ya no se dirige a los cuerpos, sino que se aplica a la vida de los hombres, al hombre/especie. Las tecnologías del biopoder no excluyeron, ni sustituyeron a las tecnologías disciplinarias. ¿La tecnología regularizadora de la vida está superpuesta a la tecnología disciplinaria de los cuerpos?

Para Foucault, lo que cambia entre los diagramas es el sistema de correlación de los mecanismos legales, los mecanismos disciplinarios y los mecanismos de seguridad —control—. En un primer momento parecería que lo que opera es una manera de sumar; de hacer funcionar las viejas estructuras de la ley y de la disciplina. Una superposición de planos como si varios edificios complejos gravitasen juntos simultáneamente. Pero cada edificio-diagrama tiene su escala: la normalización que pone en juego el control no es del mismo tipo que la normalización disciplinaria, por ejemplo. Los mismos mecanismos disciplinarios tenían una larga historia vistos uno a uno. El punto de irrupción de la tecnología disciplinaria, en el siglo XVIII, muestra que al generalizarse, esos mecanismos alcanzaron una escala donde el aumento de poder y la formación del saber se reforzaban regularmente según un proceso circular.

Del funcionamiento de esa maquinaria inmensa y minúscula a la vez, de ese juego de escalas, surge la impresión de que la sociedad disciplinaria es una sociedad de encierro. Y sin em-

bargo, como ha visto Ewald, la difusión de las disciplinas hace homogéneo el espacio social, lejos de escindir y poner tabiques. El encierro disciplinario no es segregativo. En la mudanza de los diagramas de poder, ¿se trata de un salto de una escala a otra? ¿De una adaptación a nuevas relaciones de fuerzas o de mecanismos que se desplazan en la medida en que no alcanzan jamás del todo su objeto?

Las series y la escalometría

Una serie mantiene cierta estabilidad variable. Las cosas, por ejemplo, pueden agruparse por modo inorgánico, unas sobre otras, unas detrás de otras, por linaje y semejanza, o sin perspectiva y mutua relación. Su orden depende de la estructura de la serie a la que están adscritas. Ese orden es siempre singular, muestra las diferencias que lo circundan. Hay series de elementos aislados, intercambiables, que no forman necesariamente un organismo ni un orden. Hay series escalares cuyo espacio aparece troceado y discontinuo, en un campo de intervención donde se observa una permanente variabilidad. En ese espacio, las rupturas rara vez son claras, las mutaciones rara vez avasallantes. Hay más bien transiciones laterales, siempre desiguales, de modo que la apreciación de la estabilidad de una cierta combinación de elementos deviene de la escala que se observa. Tomamos los contrastes menos acentuados o los fenómenos más lentos como marcos de gran extensión o larga duración para las combinaciones más transitorias, de escala reducida o menor duración. Pero lo que es estático a una escala puede ser lo más dinámico en otra, así como las zonas de homogeneidad

—global, relativa o recurrente— no son independientes de la escala. Las series escalares centran un cierto intervalo de tiempo; si el intervalo es corto, intervienen una gran cantidad de elementos, más o menos localizados, para determinar un campo de intervención. Si es largo, sólo los elementos más extendidos, duraderos y menos numerosos, irradiaran su acción y el campo de intervención será más llano y más amplio. Es como si la escala asociara los elementos de una serie desde la determinación de los caracteres distintivos, la clasificación de objetos, la naturaleza de sus relaciones, los métodos de investigación, las superficies de aparición y los procedimientos de representación en un campo de intervención dado.

Sea la serie de diagramas soberanía-disciplina-control. ¿Hay continuidad, ruptura, integración, superposición o absorción entre sus elementos? Las diferencias que irradian entre sus muescas, ¿marcan escisiones, modificaciones parciales o implantaciones? Hasta *El uso de los placeres* (1984), Foucault había centrado series de intervalo de tiempo corto: las relaciones formalizadas en el saber y las relaciones de fuerza del poder entre los siglos XVII y XIX. Entre esas series, y entre sus propios métodos —la arqueología, la genealogía—, hay desplazamientos pendulares que van de escala en escala y que hacen bascular todo un campo de intervención. Ni absorción o integración totales: series divergentes cuyos elementos de combinación son desencadenantes, no patrones fijos; continuidades que crean diferencias evanescentes que tienden a desvanecerse. Desplazamientos pendulares en las comisuras de los diagramas que absorben, integran, modifican, incorporan. Cuando Foucault descubre la relación *consigo mismo*, como un campo no reducible al saber ni al poder, muda de escala y

reorganiza el conjunto de sus investigaciones. Las facultades del hombre entran en relación con nuevas fuerzas y componen otras formas. Es este cruce lo que Foucault pone de relieve al hablar de la muerte del hombre. En la época clásica las fuerzas del hombre entraron en relación con "órdenes de infinito". En el siglo XIX con fuerzas de finitud entretejidas en la vida, el trabajo y el lenguaje. Las nuevas fuerzas que se están abriendo, algunas de las cuales fueron inventariadas por Burroughs, formarán un nuevo compuesto. Si el entero vital de una serie desaparece, todo el universo serial se esfuma.

Disciplina/biopoder/biocontrol

Estamos en el congreso de electrónica en Chicago. Los congresistas están poniéndose el abrigo. Un conferencista habla con voz plana, apresuradamente:

El desarrollo lógico de la investigación encefalográfica es el biocontrol, es decir, control de movimiento físico, procesos mentales, reacciones emocionales e imprecisiones sensoriales aparentes, con señales bioeléctricas inducidas en el sistema nervioso del individuo. El aparato de biocontrol es el prototipo del control telepático unilateral. (W. Burroughs, *Naked lunch: The Restored Text*, p. 168)

William Burroughs creó el concepto de biocontrol en 1959, en un pasaje de *El almuerzo desnudo*. Es un concepto cuyas coordenadas de imantación sólo se pueden establecer siguiendo sus rastros entre periodos narrativos, llamadas de alerta —una alerta levanta y suspende los restos, los transforma en rastros—,

descripciones de métodos de control intrusivos, notas periodísticas que hacen alusión a algún experimento científico, y las muescas de los párrafos injertados por medio del *cut-up*. En uno de esos periodos narrativos, los sacerdotes mayas usan emisores telepáticos unidireccionales para dar instrucciones a los trabajadores sobre qué deben sentir y cómo deben responder. Un emisor telepático debía emitir todo el tiempo. No podía recibir nunca pues, de lo contrario, significaría que alguien más tenía sensaciones propias y, por tanto, podía interrumpir o interferir el funcionamiento del aparato de control. Debía emitir todo el tiempo, pero no podía recargarse sin contacto y antes o después se quedaba sin sensaciones que emitir. Esto significaba el fin del Emisor, y de la emisión de control, ya que no había más que uno en un espacio-tiempo determinado. Entonces, la pantalla quedaba en blanco, el Emisor se convertía en un ciempiés gigante y los trabajadores lo quemaban.

Foucault se aseguraba siempre de proteger a sus escritores más amados de la divulgación hueca y de la cita gratuita. Los utilizaba como quien usa una caja de herramientas: con una atención cercana a un límite compartido. Así usó párrafos enteros de Marx o de Nietzsche, y ni los marxistas ni los nietzscheanos académicos se dieron cuenta. La noción de verdad que utiliza en su primer libro proviene de René Char: “despojé las cosas de la ilusión que producen para preservarse de nosotros y les dejé la parte que nos conceden [...]”; y los títulos de sus dos últimos libros, *El uso de los placeres* y *La inquietud de sí*, son también versos de Char. De la misma manera, reconfiguró el concepto de biocontrol que Burroughs había inventado.

Al final de *Vigilar y castigar* (1975), Foucault muestra que el punto ideal de la penalidad en nuestro tiempo sería la disci-

plina indefinida. Un interrogatorio que no tuviera final, una investigación que se prolongara sin límite en una observación minuciosa y analítica, un juicio que fuese, a la vez, un expediente jamás cerrado. La unidireccionalidad del biocontrol burroughsiano muda a una multidireccionalidad de puntos de aplicación y de planos de efectuación. Los interrogatorios se potencian desde el expediente jamás cerrado, la investigación se prolonga en la espiral de las observaciones sin fin. El expediente jamás cerrado alienta la investigación infinita, las observaciones analíticas tienen o no relación con los interrogatorios continuos. El biocontrol genera, en el ámbito de aplicación jurídico-legal, un cuadrilátero con ángulos siempre móviles, redundando unos con otros, borrosos. Masifica y totaliza a la vez: modula las subjetividades.

Lo que permite la transformación de la disciplina-bloqueo en disciplina-mecanismo es la norma. La norma es un principio de comparación, una medida común, como explica Ewald en *Un poder sin afuera* (1989), que se instituye “en la pura referencia de un grupo a sí mismo cuando ese grupo ya no tiene otra relación que la que guarda consigo mismo, sin exterioridad”. El espacio normativo no conoce un afuera: integra todo lo que quisiera excederlo y nadie puede considerarse exterior al él ni reivindicar una alteridad; incluso, la anomalía no es anormal, la excepción cabe en la regla.

De ahí que las disciplinas no sean necesariamente normativas. O, mejor, que sea justo la transformación de la disciplina-bloqueo en disciplina-mecanismo lo que marque el advenimiento de la sociedad normalizada; de la sociedad de control.

Habría que detenerse en el contraste entre disciplina y biopoder. Las técnicas de poder disciplinarias se centraban

fundamentalmente en el cuerpo y en los procedimientos mediante los cuales se aseguraba su distribución espacial: su separación, su alineamiento, su puesta en serie y bajo vigilancia. Se aseguraba la organización, a su alrededor, de un campo de visibilidad. Técnicas de racionalización y economía de un poder que se ejercían de la manera menos costosa posible por medio de un sistema de vigilancia, de jerarquías, inspecciones, informes.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII aparece otra tecnología de poder, no disciplinaria. El biopoder y sus biopolíticas están dirigidos a la multiplicidad de los hombres, pero no en tanto cuerpos, sino en la medida/escala en que forman una población, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida. "Población" no quiere decir simplemente un grupo humano numeroso, sino seres vivos mandados y regidos por procesos y leyes biológicas. Una población tiene una tasa de natalidad, de mortalidad, tiene una curva y una pirámide de edad, un estado de salud.

La disciplina individualiza. El biopoder es masificador. Desde la escalometría, la disciplina es una anatomopolítica del cuerpo humano, y el biopoder una biopolítica de la especie humana, una tecnología regularizadora de la vida, cuyo interés son los procesos tales como la proporción de los nacimientos y las defunciones, la tasa de reproducción, la fecundidad de una población. El biopoder, explica Foucault en su curso en el Collège de France de 1976, busca establecer mecanismos reguladores "que puedan fijar un equilibrio en una población, mantener un promedio, controlar la serie de acontecimientos aleatorios que pueden producirse en una masa viviente; procura controlar su probabilidad o compensar sus efectos".

Tenemos, entonces, que el biopoder se aplica globalmente a la población, a la vida, a los seres vivientes, mientras que la disciplina se aplica singularmente a los cuerpos mediante las técnicas de vigilancia, las sanciones normalizadoras y la organización panóptica de las instituciones punitivas. El poder soberano también hacía una inflexión en el eje vida/muerte, pero la vida no era sino la sustracción del derecho a dar muerte. El poder soberano sustraía bienes, se apropiaba de la tierra y del trabajo, actuaba desde el sujeto, la unidad del poder y la ley; el biopoder potencia y controla la población en general.

En la escala del biopoder el estado funciona como estrato de regulación. Al captar este desplazamiento pendular, Foucault reubicará sus puntos de aplicación. En el curso *Seguridad, territorio, población* (1978), deja a un lado la historia de las tecnologías de seguridad (control) en que venía trabajando y redirige el curso al proyecto de hacer una historia de la gubernamentalidad. Así, el análisis de las condiciones de la formación del biopoder y de las biopolíticas muda a un examen de la gubernamentalidad liberal y de las técnicas de la policía —entendida ésta como desarrollo de los individuos y potenciación de las fuerzas del estado—. Como ha señalado Michel Senellart, la serie seguridad-territorio-población, que servía de marco inicial al curso, es sustituida por la serie seguridad-población-gobierno. Quizá en esta fractura comienzan a crecer las preguntas sobre el gobierno de sí y de los otros que señalan el paso de una analítica del poder a una estética del sujeto.

Foucault veía en el surgimiento del biopoder, del poder sobre la vida, una mutación capital. Una de las más importantes en la historia de las sociedades modernas. Pero parece como si el concepto de biopoder exigiera su reubicación en el campo

más amplio de la gubernamentalidad a fin de adquirir operatividad. Es en ese momento que Foucault completará el modelo de la batalla, como analizador de las relaciones de poder, con el concepto de gubernamentalidad.

En sus cursos, Foucault practicaba uno de sus métodos preferidos: el desplazamiento pendular. "Soy como el cangrejo", decía, "me desplazo lateralmente". En un campo tan escabroso como el de la gubernamentalidad ensayó varios desplazamientos. Primero, una rectificación: en *Vigilar y castigar* había escrito que no se podía comprender la introducción de las ideología liberales en el siglo XVIII, y de su política, sin tener presente que el mismo siglo que había reivindicado las libertades con tanto énfasis también las había lastrado con una técnica disciplinaria de explotación de fuerzas de los obreros, los niños, las mujeres en los talleres. La rectificación, plasmada en el curso *Seguridad, territorio, población*, va en el sentido de que esa libertad liberal, a la vez ideología y técnica de gobierno, "no es otra cosa que el correlato de la introducción de los dispositivos de seguridad". Tales dispositivos sólo podrían ponerse en modo de efectucción en un medio de libertad liberal. Ya no los privilegios asociados a una persona, sino la posibilidad de movimiento, desplazamiento y circulación de las personas y las cosas.

En segundo término, realiza una ampliación del campo de irradiación del biopoder para entramarlo con la gubernamentalidad: añade la cuestión del liberalismo como nueva racionalidad gubernamental a los tres ámbitos de intervención de la biopolítica entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX —los procesos de natalidad y mortalidad, los fenómenos de vejez y la relación de los hombres y su medio a través de la ciudad—.

El punto bascular de estos desplazamientos aparece cuando Foucault analiza la circulación de los granos. El estudio de la circulación, un flujo, lo lleva a replantear la correlación entre las biopolíticas y las disciplinas, y le permite ligar la cuestión de la población a la economía política liberal. En ese movimiento, los señalamientos de Paul Virilio acerca de que el problema de la policía no era un problema de encierro, sino de red de comunicaciones y de circulación, quizá le sirvieron como aliento teórico.

Biopoder y gubernamentalidad

La “Gubernamentalidad” señala la entrada de la cuestión del estado al campo del análisis de los micropoderes. El manejo de los procesos biosociológicos de las masas humanas implica el aparato estatal —a diferencia de la disciplina que es puesta en práctica en el marco de instituciones limitadas, como la escuela, el hospital, el cuartel o el taller—. Los órganos de coordinación y centralización del biopoder son extremadamente complejos y se encuentran en la escala del estado. Para Foucault, la biopolítica es una bioregulación gestionada por el estado. Pero el estado no es una abstracción, un polo de trascendencia o un estrato omniabarcador. Es una realidad compuesta: “el efecto móvil de un régimen de gubernamentalidad múltiple”, como explica en *Nacimiento de la biopolítica*, el curso de 1979. Por ello, el análisis de la gubernamentalidad se inscribe en el espacio abierto por el problema del biopoder.

Desde esta escala, el modo de relación propio del poder se busca del lado de ese modo de acción singular —ni guerrero ni

jurídico— que es el gobierno. Ya no se busca por el lado de la violencia y la lucha ni tampoco por el del contrato y el lazo voluntario. Ni Clausewitz ni Hobbes.

El poder del estado es una forma de poder individualizadora y totalizadora a la vez. Individualiza en ciertos estratos y totaliza en otros. El rodeo por la gubernamentalidad permitió a Foucault enfocar las operaciones del poder. En *El sujeto y el poder* (1982), texto que muchos consideran como su testamento filosófico, ajusta ese nuevo enfoque con una fuerza desusada en la filosofía:

El poder es un conjunto de acciones sobre acciones posibles; opera sobre el campo de posibilidad o se inscribe en el comportamiento de los sujetos actuales: incita, seduce, facilita o dificulta; amplía o limita, vuelve más o menos probable; de manera extrema, constriñe o prohíbe de modo absoluto; siempre es una manera de actuar sobre un sujeto actuante, en tanto que actúan o son susceptibles de actuar. (p. 242)

Si gobernar es estructurar el posible campo de acción de los otros, un conjunto de acciones sobre otras acciones, entonces el ejercicio del poder consiste en “conducir conductas” y en disponer las probabilidades. En el fondo, detecta Foucault desde su nueva escala, el poder no es tanto una confrontación entre dos adversarios o la relación estratégica de uno con otro, como una cuestión de gobierno.

En esa escala, el estado funciona como la envoltura general, la instancia de control global, el principio de regulación y, en cierta medida, la distribución de todas las relaciones de poder en un conjunto social dado. Esta propagación múltiple es crucial y ha suscitado muchos malentendidos. El estado en las

sociedades contemporáneas no es sólo uno de los espacios de ejercicio de poder, sino que en cierta manera todos los demás espacios de relaciones de poder se refieren a él. Esto no quiere decir que cada uno de esos espacios se derive de la forma-estado. No hay algo así como un estado trascendente, sino que se ha producido una estatización continua de las relaciones de poder. Las relaciones de poder se gubernamentalizaron progresivamente y, en un momento determinado, se centralizaron bajo la forma de instituciones estatales.

Si la forma-estado, como ha visto Gilles Deleuze, ha capturado tantas relaciones de poder, no es porque esas relaciones deriven de ella, sino porque se ha producido una operación de “estatismo continuo” en los órdenes judicial, económico, pedagógico, sexual, que tiene por objetivo una integración global. Las relaciones de poder están supuestas en el estado; la gubernamentalidad es anterior con relación al estado, entendiendo “gobierno” como el poder de afectar bajo todos sus aspectos.

Estos desplazamientos de cangrejo explican por qué Foucault no realizó simplemente el trazado en negativo del biopoder y de las biopolíticas. Para él hubiese sido sencillo hacer la genealogía de la biopolítica desde las intervenciones de Kjel-len, quien inventó el término “biopolítica”, Uexküll y los desarrollos geobiopolíticos de Ratzel y Haushofer —los propagadores del discurso sobre el “espacio vital”— hasta Mengele, los laboratorios y los campos nazis. Foucault buscaba dar cuenta del nacimiento de la biopolítica y esto no podía hacerse sin determinar los relieves de la gubernamentalidad liberal; el nacimiento de las biopolíticas no se circunscribe al entramado “negativo” que sirvió de base de sustentación a los nazis. Los laboratorios y los campos de la muerte no son aberracio-

nes o excepciones; incluso los experimentos monstruosos de Mengele se basaban en la concentración, la circulación y en el efecto de masa del liberalismo.

La sociedad de control

Deleuze escribió que con relación al superhombre a Foucault le pasaba lo mismo que a Nietzsche: sólo podía indicar esbozos, en sentido embriológico, todavía no funcionales. ¿No sucede algo parecido cuando se habla de la sociedad de control?

Los críticos de Foucault le reprochaban que no tuviese, para decirlo con palabras de Rorty —pero que podrían ser de Habermas o de Taylor—, “una apreciación positiva del estado liberal”. Y deploraban su parcialidad cuando, según ellos, eliminaba de sus análisis los aspectos a través de los cuales la erotización y la interiorización de la naturaleza subjetiva representaban también una ganancia de libertad y de expresión —la ironía desmarcante en la respuesta de Foucault: “¡Desnúdate, pero sé delgado, bello, bronceado!”—.

Foucault no fue jamás un pensador del encierro ni creyó que las sociedades contemporáneas podrían generalizar las instituciones disciplinarias como un enjambre para cubrir todo el espacio. Para él, la sociedad de normalización o control es aquella donde se cruzan la norma de la disciplina y la norma de la regulación —biopoder— según una articulación ortogonal. Esta nueva articulación no sólo organiza la vida, sino puede hacerla proliferar, fabricar lo viviente, producir virus incontrolables y universalmente destructores, alerta Foucault en *Defender la sociedad* (1976). La extensión del biopoder, su ina-

barcable capacidad intrusiva, “tiene la posibilidad de superar cualquier soberanía humana”. Burroughs equiparaba el poder de intrusión del biocontrol con el de un virus. Jünger observaba cómo la legalidad modificada del sentido instrumental del poder aspiraba a instaurar “una especie nueva de vida”.

Hay varios rasgos que anuncian la mudanza a la sociedad de control. Uno de ellos es el que muestra cómo las sociedades contemporáneas están dejando de ser sociedades jurídicas. En el siglo XIX, en las sociedades que se presentaban como sociedades de derecho, con parlamentos, legislaciones y códigos, un mecanismo de poder distinto se infiltraba ya entre esas arquitecturas jurídicas. Un mecanismo que no tenía como principio fundamental la ley sino la norma, y como instrumentos a la medicina, los controles sociales y la psicología, en vez de la ley y el aparato judicial.

El desarrollo del biopoder se ha dado paralelamente a una creciente importancia de la norma a expensas del sistema jurídico de la ley y de la fabricación disciplinaria de los sujetos. Esto es así porque un poder que tiene como tarea tomar la vida a su cargo requiere mecanismos continuos, reguladores y correctivos con el fin de distribuir lo viviente en un espacio dominado de valor y de utilidad. ¿Significa lo anterior que la ley y las instituciones de justicia tienden a desaparecer? Quizá lo que sucede es algo menos dramático, pero más apremiante: la ley funciona como una norma y las instituciones judiciales se integran cada vez más en un contínuum de aparatos cuyos fines son reguladores, en gran medida.

De ahí que Foucault sostenga que el efecto histórico del biopoder fue una sociedad normalizadora —control—. En *Las mallas del poder* (1981) muestra que el mundo de la ley está

deshilvanándose, incluso el crimen no es meramente ya la transgresión de la ley, sino la desviación con respecto de la norma; y cómo un tipo diferente de poder está en vías de constitución por medio de una argamasa que no es jurídica.

Un poder que está en vías de constitución. En mi conocimiento, Foucault no utilizó el concepto "sociedad de control". Pero Deleuze creó una línea que partía de Burroughs y pasaba por Foucault, una línea que a través de rizamientos continuos buscaba dar cuenta de las mutaciones de nuestras sociedades. A pesar de la persistencia de varios de sus mecanismos las sociedades disciplinarias no son eternas. Hay muchos restos de la sociedad disciplinaria. Las escuelas, los hospitales, las fábricas siguen ahí, pero han sido traspasadas por una nueva escala de poder. Otro rasgo de la mudanza es la configuración de medios abiertos de control que alcanza su cresta más alta en las modalidades instrumentales del poder; ya sea que se ejerza el poder por los efectos de la palabra, intensificando las disparidades económicas, por sistemas de vigilancia o según reglas permanentes o modificables.

La resistencia como contraprueba del control

¿Cómo entender toda la serie de los diagramas de poder? ¿Existe entre ellos una conexión absoluta, sin bordes, infranqueable, que absorbe incluso a las escalas? ¿O, al lado de los puntos de conexión, hay puntos relativamente libres o liberados, puntos de mutación y resistencia? En ocasiones, cuando Foucault escribe acerca del poder, existe la impresión de que desarrolla una ontología interna y circular. Pero esa impresión está adhe-

rida a una mala lectura, una lectura que pasa por alto que al lado del poder siempre está la resistencia.

El poder no existe como una entidad universal, sólo existe el poder efectuándose, el poder que ejercen unos sobre otros. De ahí que sea a través de esas resistencias como se pueden entender la mudanza de los diagramas y su reencadenamiento por encima de las discontinuidades.

Es únicamente en función de una multiplicidad de puntos o líneas de resistencia que se pueden entender todas las dimensiones de los dispositivos de control y todas las escalas de los diagramas de poder. Las resistencias no son meras contrapartidas de los poderes. Constituyen el otro término de las relaciones de poder; por eso están distribuidas irregularmente. “A veces”, escribió Foucault en *Poder y estrategias* (1977), “hay grandes rupturas, pero más frecuentemente puntos móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades, abriendo surcos en el interior de los propios individuos, trazando en ellos regiones irreducibles”.

La idea de contraconducta, por ejemplo, asociada a la resistencia al poder pastoral, representa en el pensamiento de Foucault una fase esencial entre el análisis de las tecnologías de sujeción y el análisis de las prácticas de subjetivación, elaborado a partir de 1980. Es también la contraprueba de que el poder, o mejor, los poderes, no son omnipotentes.

“¿Qué se hace en la vida”, pregunta Foucault con un aliento muy cercano al vitalismo deleuziano y a la postura de Jünger respecto al *no* institucional, “cuando queremos objetar algo contra las disciplinas y todos los efectos de saber y poder vinculadas a ellas?” Invocar el derecho formal liberal que es en

realidad el derecho de soberanía. Pero ello no basta. No se puede limitar los efectos de los poderes con el recurso a la soberanía contra la disciplina o el control. Hay que mostrar cómo los “operadores de dominación” se apoyan unos en otros, remiten unos a los otros, se refuerzan y convergen o se niegan y tienden a anularse.

Cuando el poder toma la vida por objeto, la resistencia al control debe invocar la vida y volverla contra el poder. La lucha por las subjetividades se da en la línea de avanzada. Allí, en ese espacio donde las escalas se confunden, hay una línea de fuga que parece trazada por Foucault.

WILLIAM BURROUGHS:
FEED-BACK DESDE CIUDAD CONTROL
AL JARDÍN DEL EDÉN

Torres abran fuego

La escritura de Burroughs es la contraprueba del control: dismantelar, desmontar, doblar, mezclar, cortar: "Corten las líneas de palabras-Aplasten las imágenes de control-Aplasten la máquina de control-Salgan del tiempo al espacio-Quemen los libros de La Junta-Mezclen las grabaciones-Maten a los sacerdotes". Las secuencias entrecortadas, interpuestas, dislocadas por intrusiones sin costura. Las unidades semánticas cortadas y luego reorganizadas con métodos precisos de (des)montaje que estrangulan las formas narrativas tradicionales y hacen estallar la autoridad del canon literario. El espacio discontinuo, audible, quebrando el tiempo lineal, continuo, conectado y contenido de la narración. Métodos de intensificación por desmantelamiento: Burroughs leyó a Joyce con los ojos de quien no cesa en la búsqueda de otra manera de pensar, y extrajo geometrías de la pintura que estaban más allá de toda palabra. Si el método surrealista buscaba crear un vínculo nuevo para las asociaciones, los métodos de Burroughs quiebran todo vínculo, toda asociación, toda línea de asociación —una tarea cercana a la de Duchamp—. El control de los medios de comunicación depende de las líneas de asociación. El *cut-up* y el *fold-in*,

el corte, el plegado, el doblez, no son métodos encantados en su funcionamiento interno, sino procedimientos de desmantelamiento siguiendo dimensiones crecientes. Burroughs plegaba verticalmente en dos una hoja con poemas de Saint-John Perse, y la pegaba sobre otra hoja con poemas de Rimbaud, y así, por desmontaje o hibridación, obtenía cifras complejas de composición. Si el control está entramado a todo el campo social es necesario quebrar su sintaxis y crear interferencias en sus estructuras de lenguaje. *Cutting-up* impone la estructura del espacio audible en lo visible. *Fold-in* se extiende hasta el *flash-back* permitiendo moverse hacia delante o hacia atrás en una pista temporal. "Cambien corten enreden las líneas de palabras". Cuando las líneas son cortadas las conexiones de asociación se rompen: las líneas de asociación del pensamiento-escritura son instrumentos del control. Un virus creado para evitar la expansión mental, para evitar que saltemos del tiempo al espacio.

Puesto que el control es un biopoder de todo el campo, los métodos de escritura deben estar empotrados en mecanismos de desmantelamiento multidimensionales: Burroughs creía que al mezclar el orden de las grabaciones y el orden de las imágenes era posible generar una fisura en la máquina de control para introducir por ahí una pauta de orden alterado o para explorar el signo fuera del contexto al que lo constriñe la escritura. Ponía en juego líneas de antivirus, en un devenir de metamorfosis, para hacer frente a la uniformidad global de entorno que se nos busca imponer. O creaba personajes cuya genealogía es la picaresca. Desde *El almuerzo desnudo* (1959) hasta su regreso definitivo a los Estados Unidos en 1974, Burroughs ensayó sus métodos de descentramiento y combinación. Métodos que son

aún, como vio Deleuze, probabilísticos, al menos de probabilidades lingüísticas. ¿A dónde hubiese llevado Burroughs el procedimiento que soñó Deleuze de una tirada única cada vez que se combinan los heterogéneos?

El control proyecta un universo pregrabado, predecible y muerto. La “realidad”, como sabía Nietzsche, no existe. Es un diseño más o menos constante; impuesto por los poderes que dominan este planeta, poderes orientados hacia el dominio absoluto. ¿De dónde proviene la adicción al control? ¿Cómo funciona el álgebra de la adicción?

Etiología del virus de control

En el comienzo fue el verbo, y el verbo era un virus. Todo virus debe parasitar células vivas para replicarse; un virus sólo presenta cualidades de ser vivo si tiene un huésped, si usa la vida de otro. El ciclo de la infección atraviesa varios estadios: penetra, replica, escapa, invade. Una vez dentro daña y ocupa cierta región u órgano del cuerpo, el tejido predilecto —la hepatitis ataca el hígado, la gripe el tracto respiratorio—. Si un virus no produce síntomas de daño, como los virus en estado latente, es posible que no se repare en su existencia. La palabra es un virus de este tipo, un virus que ha conseguido un estatus permanente con su huésped desde los tiempos del Jardín del Edén.

Burroughs había leído a Wittgenstein y desconfiaba siempre de la naturaleza del lenguaje. Hay muchos parloteos sobre la inconsistencia y la desmesura de la crítica del lenguaje de Burroughs. Ayer, Carnap, el primer Wittgenstein, Bergman, Austin, trabajaron desde la convicción de que los problemas y

las teorías filosóficas eran el resultado de errores sobre la naturaleza del lenguaje. Se requería un trabajo de limpieza y barrido; un trabajo similar al que realizaron las vanguardias históricas en el campo de las artes. Pero en vez de esa tarea inmanente, se propusieron disolver los problemas filosóficos tradicionales asociados al ser, la conciencia, los universales, los conceptos y el conocimiento, y constituir una ciencia estricta a través de la “forma lógica” y el emplazamiento analítico de un lenguaje ideal. O, en otra vertiente, a través de la “gramática ordinaria” y la analítica del lenguaje ordinario. ¿Cómo es que de una simple operación de limpieza y barrido se llegó a la desmesurada idea de disolver todos los problemas filosóficos tradicionales y a vanagloriarse con el estatuto de ciencia estricta? Hay una grandilocuencia delirante en esos proyectos. En cambio, la crítica del lenguaje de Burroughs se centra en las palabras de orden, en la comunicación y la información, en el lenguaje del control.

A partir de notas científicas y de pruebas controladas en los laboratorios universitarios, de la industria farmacéutica o militares; de reportajes en los periódicos amarillistas, de la literatura *sci-fi*, de los postulados de gurús y charlatanes; atendiendo a los experimentos con LSD y otras drogas alucinógenas, a los métodos de interrogatorio de la CIA, al escándalo de las grabaciones de Watergate, a sus propias experimentaciones con grabadoras de carrete y cámaras de filmación, Burroughs manipuló cientos de piezas de saberes dispersos y mezcló largamente —“mezclar es el estilo americano”— el argumento de la palabra-virus:

El virus de control es una pequeña unidad, de escala geonómica, compuesta por palabra e imagen. El pensamiento reac-

tivo, nuestra herencia reptil, puede ser reducido a esa pequeña unidad. El virus de la mutación biológica estaría contenido en esa unidad y podría ser activado por medio de mecanismos de biocontrol. Desatar el virus de la palabra, conducirlo, permitiría contar con un dispositivo de control extremadamente efectivo porque todo el odio, el dolor, el miedo y toda la lujuria están contenidos en la palabra. El verbo "to be" y el artículo determinado "the" contienen, en tanto virus, un mensaje precifrado de daño; el imperativo categórico de una condición permanente. El artículo determinado "the" contiene la implicación de uno y único, de no otro. El verbo "to be" asigna una identidad permanente. Entre sus junturas silba el pensamiento reactivo.

La palabra es la Otra Mitad, un virus que impide detener, incluso, el habla sub-vocal: "Intenta alcanzar siquiera diez segundos de silencio interior. Te encontrarás con un virus resistente que te obliga a hablar. Ese virus es la palabra. Lo que llamamos historia es la historia de la palabra. El hombre moderno ha perdido la opción al silencio", dice un personaje en *El billete que explotó* (1962). Las palabras infectan y están infectadas. Para percatarse de ello sólo hace falta abrir un periódico o encender la televisión.

El virus de control deja fuera de acción los centros reguladores del sistema nervioso y crea adicción. La palabra, como la droga, produce una fórmula básica de virus y genera el álgebra de la necesidad. Los adictos al control tienen que cubrir su necesidad desnuda, tal como lo hace un drogadicto. En *Expreso Nova* (1964), Burroughs explica cómo opera el virus de control: una vez que encuentra un punto de tracción, el virus comienza a comer y a hacer copias de sí mismo

que comen y hacen más copias que empiezan a comer para hacer más copias, y así indefinidamente “hasta que el virus reemplaza al huésped con copias del virus-La programación consiste en vaciar el cuerpo-Una infinita tenia de palabras e imágenes registradas que se agitan en nuestras pantallas mentales...”

El control viral atrapa a sus adictos en dispositivos de repetición en el universo pregrabado, por lo que esos dispositivos fijan la naturaleza de las asociaciones. “Dios es tu televisor-Apaga la máquina de una vez-Borra el mundo.”

El virus de control se manifiesta a sí mismo de varias maneras. En los sistemas de gobierno, en los hábitos de consumo, en los medios de comunicación, en los circuitos de tráfico y consumo de drogas. De ahí surge la impresión de que “control” es un término demasiado laxo que más que dar cuenta de la mudanza en la lógica de formación de los poderes presenta una especie de adaptabilidad semántica y oculta una deficiencia en su arquitectura conceptual. Si se colocara “disciplina” en vez de “control”, ¿habría alguna diferencia? Para Burroughs el control está asociado a una fase histórica del capitalismo, el “capitalismo corporativo conglomerado”, y por tanto su configuración está situada en un entramado de relaciones. Es un nuevo pliegue en la edad de la radiación. Un poder que termina convirtiéndose en la sustancia de supervivencia de la población; un biopoder.

Todo poder es un compuesto de relaciones de fuerzas. ¿Qué fuerzas componen el control? Las fuerzas del biocontrol unidireccional, las fuerzas de diseño de las subjetividades, las fuerzas económicas corporativas, las fuerzas gubernamentales. Un cuádrivio en el que se desplazan las obras de Burroughs.

El biocontrol [la treta Maya]

El mundo bipolar tuvo diversos estratos de enfrentamiento. Uno de ellos, el de la batalla por las subjetividades, podría seguirse desde los usos de la propaganda hasta el desarrollo de tecnologías de manipulación mental, interrogatorios, lavados de cerebro, modificación y domesticación conductuales por medio del uso de drogas o el implante de electrodos. Una batalla que generó toda una subcultura y que tan bien folclorizó la paranoia bipolar con sus pantallas de distracción. En las obras de Burroughs hay personajes, artefactos y rutinas configurando confrontaciones locales y cósmicas por el control subjetivo de las poblaciones: el biocontrol en modo biopolítico. La banda de Nova, por ejemplo, utiliza técnicas bioquímicas venusianas para crear “puntos de coordenadas” donde el controlador intersecta a un agente humano. El Dr. Benway, arquetipo del investigador-manipulador, tiene un Centro de Reacondicionamiento donde convierte a los individuos en estados —de compulsión, de ansiedad— y, además, consigue que un sujeto sienta que cualquier tratamiento impuesto le está merecido.

Al describir la invasión exterior al cuerpo humano, Burroughs explicaba cómo estaban dispuestos los experimentos de estimulación eléctrica del cerebro para provocar una reacción determinada: “se aprieta un botón y una persona se asusta; se aprieta otro y una persona se excita sexualmente. Han logrado detener un toro en plena carga. Pueden hacer que las personas cojan cosas contra su voluntad, y pueden controlar el llamado sistema muscular voluntario [...]” Están también las referencias a los experimentos telepáticos soviéticos con el yagé —la droga de altos poderes visuales usada por grupos indíge-

nas de Ecuador y Perú— por medio de los cuales buscaban inducir estados de obediencia automática y absoluto control del pensamiento superando los lavados de cerebro o la creación de reflejos condicionados. Lo que se buscaba era introducirse directamente en la psique de las personas y dar órdenes. “El asesino de Bob Kennedy”, preguntaba Burroughs con estudiado sarcasmo, “¿actuó en un estado de condicionamiento hipnótico?”.

En *El almuerzo desnudo*, Burroughs observa que el desarrollo lógico de la investigación bioquímica, y de la electrónica, es el biocontrol. Éste enfoca tres dimensiones de la subjetividad humana: el movimiento físico, los procesos mentales y las reacciones emocionales. En ese sentido, el biocontrol es el prototipo del control telepático unilateral. ¿Es posible un control unilateral, un control que escapara al campo estratégico de las relaciones de poder? ¿Sería posible reducir la subjetividad humana a una trayectoria predecible desde una serie de combinaciones verbales, de imágenes potenciadas por artefactos y tecnologías de conducción subjetiva? Cuando vivió en la ciudad de México, entre 1949 y 1952, Burroughs estudió la cultura maya. Con ese material elaboró un esquema que con algunas variaciones atraviesa *El almuerzo desnudo* y las novelas de la primera trilogía —*La máquina blanda* (1961), *El billete que explotó* (1962) y *Expreso Nova* (1964)—: la treta maya, el relato del control absoluto.

Los mayas poseían uno de los más precisos y herméticos calendarios de la antigüedad. Un calendario con el que se controlaba lo que la gente hacía, pensaba y sentía en cualquier día dado. En realidad, eran dos calendarios superpuestos: uno servía para medir el año y regular los ciclos agrícolas; el otro era

un calendario ceremonial por medio del cual los sacerdotes podían calcular qué debería hacer, escuchar o ver la gente en un determinado día a fin de preservar el control. Los sacerdotes lograban controlar las “unidades de pensamiento” de todas las personas durante todo el tiempo. La casta sacerdotal tenía el monopolio del conocimiento del calendario y mantenía su posición con una fuerza militar mínima. Era un control exhaustivo, sin fisuras.

Como algunos arqueólogos y antropólogos del primer tercio del siglo XX, Burroughs creía que las antiguas sociedades mayas eran sociedades aisladas, sin intercambios significativos con otros pueblos, con estructuras piramidales y usos territoriales ensimismados. De ahí que el control pudiera ejercerse globalmente, en todos los estratos y todo el tiempo. Era un control universal en escala de ínsula. Pero fuera de esas condiciones de aislamiento profundo, ¿resulta operativa la treta maya? ¿Es posible alcanzar el control total? ¿Se pueden generalizar en una población entera y en medios abiertos los métodos conductuales de control unidireccional? ¿Sería viable traducir el calendario de control maya en términos contemporáneos? Los medios de comunicación dan forma a un calendario ceremonial al que todos los ciudadanos están sujetos. Los sacerdotes de los poderes pueden reconstruir el pasado, y predecir el futuro, con base en la manipulación de los medios de comunicación y en las tecnologías de condicionamiento subjetivo. Pero la traducción no pasa de ser un juego de asociaciones. El propio esquema de Burroughs respondía negativamente a la posibilidad del control total unidireccional: un solo hombre, usando ciertas drogas que protegen del condicionamiento, puede robar la banda sonora y la visual de la máquina de control,

introducir estática en su programación al mezclar el orden de las bandas, y dismantelarla. “Así como había controlado mente emoción e impresiones sensoriales de los trabajadores inexorablemente la máquina dio ahora la orden de dismantelarse y matar a los sacerdotes [...]”, relata Burroughs en *La máquina blanda*. No hay consuelo alguno en que el control no sea total. No lo necesita.

El esquema de la treta maya es retomado por Burroughs en numerosos pasajes de sus novelas y ensayos. En ocasiones, lo refuncionaliza con la inclusión de nuevos elementos: las máquinas computadoras en vez de los calendarios —a Burroughs le gustaba imaginar un linaje que iba de la máquina sumadora inventada por su abuelo a las computadoras IBM—; las grabadoras de carrete como sección exteriorizada del sistema nervioso humano y medio de autocontrol de la banda sonora individual: los sonidos del cuerpo y del habla subvocal. Devenires-máquina que quiebran las órdenes virales que nos han atrapado en dispositivos de repetición o que facilitan el control informático del pensamiento. Estrategias-máquina que rasgan el velo gris de las palabras y de las imágenes pregrabadas de un aparato de control. “Sácalo de la cabeza y mételo en los aparatos-Para de hablar para de discutir-Que hablen y discutan las máquinas”.

Según Burroughs, las máquinas pueden dirigirse en el sentido del control o de la resistencia. No tienen, por sí mismas, una esencia demoniaca. Si el hombre occidental se exterioriza a sí mismo a través de las máquinas, entonces el estudio de las máquinas “inteligentes” podría enseñar más que todos los métodos introspectivos cuyos sondeos no logran atravesar la uniformidad de entorno que nos imponen los poderes; esa gris y pesada pauta de visualización preestablecida desde la cual nos

condicionan lo que vemos por lo que esperamos ver. Un ojo artificial, en cambio, puede orientarse fuera de tales pautas. Desde un ojo artificial tal vez podría ser posible agujerar la uniformidad del entorno y penetrarla.

El diseño de la subjetividad/El capitalismo corporativo conglomerado
[Trak]

La oficina central de Trak es una pirámide de obsidiana negra, situada en la Reserva Trak, en el *hinterland* de las Repúblicas Unidas de Liberlandt. Trak es la organización de organizaciones, el punto culminante del capitalismo corporativo conglomerado. Si Foucault situó el nacimiento de la biopolítica en el espesor del capitalismo liberal, Burroughs desmantela los procesos del capitalismo postindustrial. Trak ha creado el producto perfecto, el servicio de todos los servicios. El producto perfecto logra una “afinidad molecular” con su cliente, no se gasta ni caduca. Trak no elimina a sus competidores a través de la venta de productos que se gastan o se vuelven obsoletos y deben ser reemplazados. Los productos Trak nunca abandonan al cliente: “Nosotros vendemos el servicio y todos los productos Trak tienen una necesidad precisa de servicio”. El servicio de cualquier competidor arruinaría el producto Trak, lo volvería “incomestible”, sería como un antibiótico. El producto Trak no es una droga adictiva más, sino la droga adictiva que se apodera de todas las funciones del consumidor/adicto, incluidas las totalmente innecesarias. El consumidor/adicto queda reducido a la condición de una larva y puede decirse que debe su vida misma al servicio Trak.

Morfología de un producto Trak

Traspasado por corrientes de necesidad y gratificación, hace dos años compré una computadora. Su precio incluía un año de garantía y varios programas de software. Al término del periodo de garantía comenzaron a parpadear mensajes de la empresa vendiéndome contratos de servicios y garantías: “Piense en todo lo que usted hace con sus equipos —Trak—, y ahora imagine lo que implicaría reparar estos equipos sin un contrato de servicio...”. Ni lo pensé: envié mi número de tarjeta de crédito. Renovación de servicio y garantía Trak para una máquina que está cruzando ya el umbral de la obsolescencia. Sí, el control es un poder que se convierte en la sustancia de supervivencia para la gente. La amenaza de retirarlo es todo lo que se necesita para gobernar. ¿Quieres irte de Trak? No hay ningún sitio a dónde ir.

Líneas arriba se explicó que para Burroughs el hombre occidental se exterioriza a sí mismo a través de máquinas: una grabadora externaliza la función vocal, una computadora externaliza la función de archivar y procesar datos. Por esto, en las rutinas de conducción de las subjetividades se utilizan métodos disciplinarios y otros de control abierto potenciados por máquinas, artefactos y aparatos irradiadores. El Dr. Benway usa métodos disciplinarios como la “centralita”, pero en general aborrece la brutalidad: “el sujeto no debe darse cuenta de que los malos tratos son un ataque deliberado contra su identidad”, dice en un pasaje de *El almuerzo desnudo*. Burroughs configuró dos ciudades en polos opuestos: Anexia, la ciudad de la conducción subjetiva extrema, y Liberlandt, la ciudad del bienestar social extendido hasta el límite donde el estado tiene como única función adaptarse a las necesidades —inducidas—

de los individuos. Sin embargo, no hay oposición real. Las dos son ciudades sitiadas por el virus de control y sus mecanismos recombinantes.

En Anexia, el Dr. Benway estaba a cargo de la oficina de Desmoralización Total. Suprimió los campos de concentración, las detenciones y la tortura: "la tortura", enseñaba, "localiza al oponente y moviliza la resistencia". En cambio, todos los ciudadanos fueron obligados a solicitar y portar siempre sus documentos. Podían ser interpelados en cualquier momento, aun en las calles, y el Examinador sellaba los papeles después de revisarlos. Constantemente se requerían nuevos documentos y nuevos sellos. Los espacios públicos fueron barridos, desaparecieron las fuentes y las bancas en las plazas. En las azoteas de los edificios de apartamentos se instalaron sirenas que aullaban cada quince minutos. Nadie miraba a nadie por miedo a las normas que castigaban todo intento de molestar a otro. Grandes reflectores enfocaban la ciudad durante toda la noche. Anexia conjunta la pesadilla kafkiana de la contigüidad de las oficinas y la segmentaridad del poder con una espantosa jerarquía vacía, un poder piramidado en cuya cúspide no puede distinguirse sino una continuidad de máscaras adictas, sin consistencia ni trascendencia.

Del cruce de los mecanismos Trak del capitalismo corporativo conglomerado y de las tecnologías de conducción de las subjetividades, Burroughs extrae una conclusión: las tecnologías de conducción requieren de instituciones disciplinarias para configurarse y, sin embargo, sólo alcanzan su operatividad en medios abiertos; medios de adicción al producto perfecto Trak. Por ello, la máxima política de Benway reza así: "un estado-policía que funcione no necesita policía".

Hay otros gestores del mundo adicto: Islam Inc., La Junta, la Banda de Nova. En el mundo adicto los agentes de los poderes han potenciado la ecuación del consumo capitalista y entrenan a los consumidores/adictos para que necesiten lo que reciben. "Vida cotidiana" significa adicción a todo aquello para lo que han sido entrenados a consumir. Respecto de la adicción a Burroughs le gustaba, en sus curas de abstinencia, citar a Wittgenstein: "Si una proposición no es necesaria, no tiene sentido y se aproxima al significado cero". ¿Qué hay más innecesario que el producto Trak si tú no lo necesitas?

Islam Inc. y La Junta son organismos que representan el capital global y ejercen la explotación financiera total. La Junta busca apoderarse de los recursos del *spatium* y monopolizarlos. Islam, Inc. es una cerrada malla de organizaciones cuyo control apunta simplemente a obtener más control. Como se verá, en esa pretendida simpleza se encuentra alojada la mejor definición operativa del control.

La Junta posee unos Libros del Directorio, escritos en símbolos herméticos, que además de servir como registros de todo aquel que pueda ser útil para su programa o de cualquiera que pueda ponerlo en peligro, permiten que los agentes de La Junta aprendan a pensar en los bloques de asociaciones que se condensan en los símbolos.

La Banda de Nova, una organización venusiana que se manifiesta a través de todas las organizaciones, iglesias y gobiernos monopólicos, funciona bajo un mecanismo de control elemental: producir tantos conflictos insolubles como sea posible y agravar constantemente los que ya existen. He aquí algunos de sus miembros: Garras de acero, Jacky Nota Azul, Paddy Jeringa, El Chico Subliminal, Mary Hamburguesa. Su éxito depen-

día de un bloqueo que mantenía aislada a la Tierra —como en el caso maya pero en escala galáctica—. Si hay algo que se transfiere de un huésped humano a otro y establece un patrón de la identidad del controlador Nova es el hábito: vicios, preferencias alimentarias, gestos, una determinada mueca, una mirada especial; el estilo del controlador. Un controlador que ocupase a los adictos a la droga tendría que establecer su línea de puntos de intersección, y luego mantenerla, desde la propia droga. Cuando el bloqueo de la Tierra fue interrumpido por los guerrilleros que operaban desde una base en Saturno, esas coordenadas quedaron expuestas; fue posible entonces rastrear las líneas y dar con los controladores Nova.

La máquina de control

En la intrincada máquina de control se entretajan líneas burocráticas, líneas gubernamentales o corporativas totalitarias, líneas fascistas que ocupan todo el campo social. La burocracia y la democracia están en razón inversa, en el sentido en que la democracia es cancerígena y la burocracia es su cáncer: “Una oficina arraiga en un punto cualquiera del estado, se vuelve maligna y crece, y crece y crece reproduciéndose sin descanso hasta que, si es extirpada, asfixia a su huésped, ya que son organismos puramente parasitarios [...]”, narra Burroughs en *Expreso Nova*.

Deleuze y Guattari mostraron, desde Kafka, que el método de la burocracia es el de la proliferación segmentaria que conjuga lo finito con lo contiguo, lo continuo y lo ilimitado. El poder burocrático no es piramidal, como asegura la ley, sino

segmentario y lineal. Un contínuum hecho de contigüidades en un plano ilimitado. La máquina burocrática no se puede desmontar sin que cada una de sus piezas contiguas se reconstituya a su vez en máquina, ocupando cada vez más lugar. El virus burroughsiano de la burocracia, en cambio, es esencialmente estúpido: al asfixiar a su huésped se asfixia a sí mismo; no es un virus tan adaptable como el de la gripe. Parece un virus rígidamente programado para cierto tipo de ataques en tejidos muy localizados. Un virus suicida, como el fascismo, que sustituye la mutación por la destrucción.

En las obras de Burroughs las pirámides, y los libros de cuentas que tanto ocuparon a Kafka, aparecen ligados a las líneas corporativas totalitarias. Un organismo deviene totalitario cuando se identifica con una totalidad de todo el campo, generando condiciones virales e incubando un espacio de aislamiento por medio de operaciones económicas y políticas, en vez de efectuar esa totalidad dentro de sus propios límites. Los organismos totalitarios buscan hacerse con el control de la vida e irradian en múltiples direcciones. En ese sentido, esos organismos operan como centros de poder. Los centros de poder, como lo vieron Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, no actúan como un punto en el que se confundirían los otros puntos de poder, sino "como un punto de resonancia en el horizonte detrás de todos los otros puntos". Así, el estado no es un punto que contenga o asimile a los otros, sino una caja de resonancia para todos los puntos de poder. La centralización siempre es jerárquica, pero la jerarquía siempre es segmentaria, se ejerce sobre una urdimbre micrológica en la que se difumina, se dispersa, se miniaturiza, se desplaza constantemente, operando en el detalle y en el detalle de detalles.

Las jerarquías de las organizaciones que pueblan el mundo adicto al poder siempre están trenzadas a los segmentos, en las ciudades o en las selvas, conectando. Bien puede existir una Estación Central de Control como el Cerebro-Insecto del planeta Minraud; lo decisivo, con todo, son las conexiones de ese cerebro encapsulado en un cilindro de cristal con los Enanos de la Muerte en la Calle. Sólo en el nivel de la calle el control se actualiza y muestra el continuo desplazamiento de la Estación Central.

La resonancia en condiciones de aislamiento deviene totalitarismo, y Burroughs es un gran morfológico del totalitarismo macrocorporativo, del despotismo disciplinario y del fascismo micrológico.

Las líneas cortadas, disciplinarias, volcadas sobre los cuerpos de un manicomio federal: “preciso, prosaico impacto de objetos lavabo puerta retrete barrotes ahí están esto es todas las líneas cortadas nada más allá. No hay salida... y el no hay salida en cada rostro...” Sólo Francis Bacon ha aislado un lavabo, una cama con sábanas de reemplazo o la dura, fija luz eléctrica con la fuerza de Burroughs. Quizá porque ambos buscaban instaurar una realidad, no representarla, y por ello, en ocasiones, debían traspasar los límites de la verosimilitud. ¿Cómo se mide la verosimilitud de una obra que parte de la constatación de la existencia de un diseño de la “realidad” que se nos impone como uniformidad de entorno?

La disciplina sería el eje de esa medición. La disciplina que corta cuerpos, que encierra, ordena y serializa; la disciplina crea una realidad y luego la mide. La disciplina proporciona modos de conducta. Pero las disciplinas actuaban en el periodo de los sistemas cerrados, y en las obras de Burroughs es

posible advertir las nuevas fuerzas que se iban abriendo paso lentamente y que se precipitaron después de la Segunda Guerra Mundial.

El control no es productivo en el sentido en que lo son las disciplinas. Como se desprende de la treta maya, el control "no puede ser nunca un medio ni llegar a un fin práctico. No puede ser nunca sino un medio de llegar a un control superior". Las fuerzas de control apuntan a lograr más control. Sucede lo mismo que con el virus de la palabra o de la droga: emitir palabras no puede ser nunca más que un medio para emitir más palabras. Así ha sido desde que se pronunció la primera palabra en el Jardín del Edén hasta las que pronunciamos a diario en ciudad Control. Esa es una de las argucias del control: nos hace confundir emisión con creación. Los artistas y los filósofos "irán por ahí chillando lo de un nuevo medio; creerán que pueden emitir cosas eficientes, sin darse cuenta de que el mal es precisamente emitir". El Emisor no es un ser humano, es el virus humano.

Las disciplinas sirven como medios, pero también suponen fines en sí mismas: adiestramiento, incremento de aptitudes, extracción de fuerzas. El control no puede ser nunca un medio ni alcanzar un fin práctico. Con esta proposición, Burroughs alude a una de las dimensiones del control que apuntan al pasado; a una de las líneas del poder de soberanía, por ejemplo. Burroughs entreveía ciertos rasgos de la sociedad de control donde, como escribe Deleuze, nada termina nunca. Sin duda, apunta también a un horizonte posthumano o neohumano.

En la trilogía del espacio —*Ciudades de la noche roja* (1981), *El lugar de los caminos muertos* (1984), y *Las tierras de occidente* (1987)— Burroughs desarrolla una idea que despun-

taba, como brizna narrativa, en *El almuerzo desnudo*: la totalidad del proceso evolutivo ha llegado a un punto muerto. El proceso de mutación ha sido detenido por los poderes que no quieren saber nada de un modelo humano que sea esencialmente distinto al actual. El movimiento radicalmente distinto que impulsaría una nueva mutación sería salir del tiempo y entrar al espacio, pero esa transición es impensable dadas las condiciones biológicas de punto cero evolutivo impuestas por las fuerzas de control. Esto supone desviar la línea evolutiva de la humanidad, alejarla de sus inmensas posibilidades, de su variedad, de la acción del azar o de alteraciones genómicas programadas con vistas al tránsito al espacio, e implica llevar a los hombres al parasitismo absoluto de un virus. El cuerpo humano en su forma actual no está proyectado para condiciones de espacio. Es demasiado pesado, le estorba el esqueleto. Las estructuras políticas son también incompatibles con las condiciones del espacio. Es en este sentido que el hombre es el producto final: no porque "homo sap" sea el apogeo de la perfección, sino "porque el hombre es un experimento fallido, atrapado en un punto muerto biológico" o en tránsito inexorable a la extinción. Burroughs proseguía su feroz lógica desde una cita de Wittgenstein: "ninguna proposición puede contenerse a sí misma como argumento", y la desdoblaba en dos fórmulas conclusivas: "no se puede resolver un problema en sus propios términos; el problema humano no puede resolverse en términos humanos".

El "diseño" de la realidad que imponen las fuerzas de control, el universo pregrabado y manipulado que se sobrepone al "universo mágico, espontáneo, impredecible, vivo", clausura cualquier salida del tiempo; nos asigna una identidad inmuta-

ble y un cuerpo en tanto "máquina blanda". Pasar al espacio, entonces, significaría ir más allá de esa realidad condicionante, crear mundos e imágenes liberados de la uniformidad del entorno: "el paso hacia lo desconocido es el de la palabra al silencio; del tiempo al espacio". A esa necesidad de resistencia responden las búsquedas burroughsianas de nuevos modos de organización social y de saberes nuevos o técnicas de construcción de sí que permitan pensar de otro modo. "Nada es verdad, todo está permitido", las últimas palabras de Hassan i Sabbah, el líder de la secta islámica de los ismaelitas nazaritas, condensan algunas de las búsquedas de Burroughs en torno al control, su infección y la resistencia. Si nada es verdad, el "diseño" de la realidad se desmorona y nuevos devenires de la forma "humano" son posibles.

La potencia de las visiones de Burroughs: la lucha por las subjetividades y la revolución biotecnológica y genómica se están jugando en el límite de la línea humana. Ese límite, ¿marca un final? ¿Es el control el límite de nuestras sociedades, el límite extremo de los recursos y de las energías? No hay por qué hacer de Fukuyama: un límite tal también puede ser un umbral, un portal. Una cosa es segura: para resistir nos da lo mismo recibir orientaciones de un comité de bioética que de un grupo de damas del club rotario...

PAUL VIRILIO:
EL TIEMPO DEL MUNDO ACABADO COMIENZA

Fábula sin moraleja del trayectista y el antipoeta

1945: Vicente Huidobro, antipoeta y mago, entra a Berlín con las primeras tropas aliadas que alcanzan el búnker de Hitler. Recorre pasillos y cámaras mientras en su cabeza cada cabello piensa otra cosa. Al salir, lleva consigo el teléfono que usaba el dictador. “Después de mi muerte un día/ El mundo será pequeño a las gentes [...]”, canta Altazor en un trayecto profético de su vuelo en el paracaídas tornasolado: ve islas en el cielo, un puente de metal en torno de la tierra como los anillos de Saturno, máquinas matando al último animal, ciudades grandes como un país en donde el hombre hormiga será una cifra. ¿Por qué escogió Huidobro el teléfono? Quizá, por nostalgia vanguardista. El teléfono había poblado los manifestos, proclamas, poemas y cuadros de la vanguardia al despuntar el siglo XX. Era, junto con los automóviles, los aviones, la radio, el ascensor eléctrico y los rascacielos, un símbolo de la aceleración que atravesaba las metrópolis. Una aceleración quebrada ya por los artefactos puestos en marcha para hacer la Segunda Guerra Mundial. Nostalgia por una velocidad perdida y “angustia angustia de lo absoluto y de la perfección” que veía llegar.

Paul Virilio, trayectista y dramaturgo, acostumbraba caminar por la playa desierta de La Baule, bajo el frío luminoso, deteniéndose en los búnkers contruidos por los alemanes, o alargando la vista para fijar la silueta de un submarino detenido mar adentro. ¿Cuál era el secreto de esas formas pulidas, redondeadas, transidas por una especie de invisibilidad plástica? Su relación con diversas velocidades que las excedían por los costados provocaba una irradiación sin fuente, indescifrable. Pertenecían a un tiempo diferente, a un mundo nuevo, al tiempo de la contracción de los espacios. No había tiempo para la nostalgia; era necesario registrar las dimensiones que estaban abriéndose paso: preguntar no sólo por la esencia de la técnica, sino por su lugar; desmontar el mixto de asociación motor-ojo-arma; seguir a los cuerpos y sus trayectos en la ciudad atravesada por la aceleración. Virilio no se llevó nada de los búnkers que recorrió con la angustiosa curiosidad del claustrofóbico. De un submarino varado en la playa, en cambio, tomó un periscopio. Desde entonces, lo utiliza para interrogar nuestro presente.

Trayectos, distancias, trayectivo

Así como Foucault no es el pensador del encierro, Virilio no es el teórico de la velocidad. Si lo fuese hubiera parado al dar con la velocidad absoluta: sus trabajos se habrían comprimido hasta alcanzar el punto-límite cero, el punto de no retorno. No puede emprenderse una economía política de la velocidad sin aclarar la naturaleza de la proximidad entre los cuerpos, los objetos y su medio. Para Virilio, los trayectos se inscriben entre

los cuerpos y los objetos, y la ciudad es el medio de la trayectividad. La relación de la velocidad con los cuerpos y la ciudad como “caja de cambios”, como ámbito de entrecruzamientos de trayectorias. Hay diferentes tipos de proximidad: la metabólica del trayecto hecho a pie o a ritmo animal, la inmediata del encuentro en el ágora, en el tianguis, en el atrio, la mecánica del ferrocarril —que tanto odiaba Flaubert porque permitía a la gente hacerse la ilusión de que existía el progreso— y de los vehículos que conformaron la revolución de los transportes, la electromagnética de la planetarización de la técnica y de la colonización del tiempo real.

La ciudad multiplica las velocidades de los trayectos, pero la velocidad es un medio provocado por los trayectos de los cuerpos y los vehículos. Virilio es un fenomenólogo desencantado y le cuesta hacer malabares para elevar la velocidad al estatuto de fenómeno. Se atiene, con todos los riesgos teóricos que ello implica, a la definición trayectiva de la velocidad: no un fenómeno, sino la relación entre los fenómenos.

En relación con los tipos de proximidad trayectiva hay, según Virilio, tres revoluciones de la velocidad que dividen tres siglos desde el XIX hasta el XXI. La primera es la de los transportes: comenzó en el siglo XIX y se prolongó hasta el XX. La segunda revolución es la de las transmisiones y la tercera la de los trasplantes o, como también la llama Virilio, la fagocitosis de las prótesis. Cada una de estas revoluciones generó modificaciones en los circuitos de la circulación de personas, de productos y bienes. La de los transportes, por ejemplo, aceleró la urbanización general y la emigración masiva. El factor de mudanza entre una y otra revolución está contenido en la aceleración de la velocidad y en las diversas configuraciones de los ámbitos de

entrecruzamiento de los trayectos: velocidad metabólica del caballo y trayectos establecidos desde la capacidad de aceleración y resistencia animal. Velocidad mecánica del ferrocarril y trayectos establecidos para la conquista territorial del espacio real de la geofísica. Hay muchos trazos episódicos que esquematizan la historia de las tecnologías o de las mentalidades. La originalidad de la partición que hace Virilio es la inscripción de lo trayectivo; un estrato de incorporación conceptual donde las continuidades históricas están siempre atravesadas por efectos de mutación. El trayecto es el gradiente de aceleración de la velocidad.

“La nobleza”, escribe Virilio en *El ciber mundo, la política de lo peor* (1997), “era una clase de velocidad”. La velocidad muda con los cuerpos y los trayectos. Pero con la revolución de las transmisiones electromagnéticas se alcanzó la velocidad absoluta, se superaron las barreras del sonido y del calor y se alcanzó la de la luz, el límite de aceleración cosmológica. La aceleración alcanzó los 300 000 kilómetros por segundo, el umbral infranqueable según la ley de la relatividad, esa cifra que tensiona la escritura de Virilio con una franja de luz venida del más tajante afuera. La velocidad absoluta de la transmisión de los mensajes permitió conquistar la instantaneidad del tiempo real, la ausencia de extensión de la instantaneidad. La velocidad, entonces, siguió un curso exterior a los trayectos de los cuerpos. Se dislocó el eje que los mantenía unidos. El tiempo real de las transmisiones instantáneas devora el espacio real y la geosfera. Ahora, los cuerpos desaparecen en la unidireccionalidad de la velocidad, los trayectos se disipan, las ciudades colapsan, la extensión territorial se disuelve, las distancias mueren, el mundo se reduce —pero le brotan ramificaciones virtuales. La velocidad se convierte en el poder mismo.

De la velocidad absoluta a la inercia polar

Virilio construye sus conceptos a partir de una matriz de dimensiones y de imágenes: las dimensiones potencian las intervenciones trayectivas, las imágenes —una cita recogida en los periódicos, una proyección arquitectónica, una fotografía en la que nadie reparó— son el suelo para esas intervenciones. De ahí que sus conceptos tengan diversas facetas y se desplacen por fases. Así, toma un verso de René Char, *Suprimir la distancia mata*, y lo hace vibrar en la dimensión del mundo forcluido para que aparezca entonces una faceta más del concepto: la “ecología gris”, la ecología de las distancias, la polución de la escala natural que está haciendo que la Tierra se vuelva inhabitable.

Al describir los componentes de la movilización total, Jünger mostró que al aumentar la velocidad se acrecienta el control. La *Blitzkrieg*, la “guerra relámpago” impulsada por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial para alargar su “espacio vital”, es una muestra de ello. Pero la velocidad liberada de los trayectos, la velocidad de las teletecnologías interactivas, contrae las distancias, relativiza los territorios y comprime el tiempo. Contracción o polución de las distancias y compresión del tiempo son dos de los conceptos para atajar la inconmensurabilidad de la velocidad absoluta que no sólo ha disuelto el territorio-base del estado de derecho, sino que ha contraído los trayectos al alcanzar el punto cero de energía, del que hablaba Husserl, en el que todas las distancias se anulan y “los intervalos de espacio y de tiempo han desaparecido, en la miniaturización del mundo provocada por la aceleración de las transmisiones...”, escribe Virilio en *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí* (2004).

La aceleración de las transmisiones, al alcanzar el absoluto de la velocidad, ha alcanzado a la vez el límite cosmológico, polucionando las distancias del mundo, y cerrándolo sobre sí. Ensayando una periodización al estilo *Virilio*, podría decirse que asistimos a la tercera desterritorialización de la tierra: primero se le circunnavegó, luego, con la creación del litoral vertical, vino su desmantelamiento cósmico, ahora contemplamos su forclusión, su cerramiento extremo.

La interactividad deslocalizada, vendida como promesa de comunicación y democratización universales, “es el resultado de la presión del tiempo real de la instantaneidad sobre el espacio real de la sucesión...”, señala Virilio en *Amanecer crepuscular* (2002). La promesa del mundo sin fronteras, de la realidad virtual abierta en la instantaneidad de los intercambios, crea efectos de encarcelamiento, de encierro. El Gran encierro, que Foucault situó en las sociedades disciplinarias de los siglos XVII y XVIII, será más ominoso en el mundo interconectado.

Es el amanecer de la inercia polar, del encierro en medios abiertos, la época de los sedentarios del movimiento absoluto. Sedentarios no porque necesariamente permanezcan en sus casas, frente a sus pantallas, haciendo sus compras por internet y trabajando desde sus computadoras, sino porque se sienten en su casa en cualquier parte, en los aeropuertos o en las playas, conectados a sus teléfonos móviles, enviando y recibiendo mensajes, inmersos en sus ipods y en sus computadoras portátiles. Así viajen en avión o en tren bala, ya no se mueven. El polo de inercia sustituye al desplazamiento continuo: simuladores de carreras, vehículos audiovisuales estáticos de campos de juegos, de ciudades enteras, de mundos alternos donde los avatares llevan sus propias vidas.

Pero así como la presión dromosférica comprime las distancias, la arquitectura del mundo virtual crea también una flexión en el espacio actual, en la arquitectura de las ciudades. En unas páginas muy bellas, Virilio ha descrito las transformaciones que han sufrido las ventanas, las puertas, el asiento y las habitaciones por la intrusión de la inercia domiciliaria. El rompimiento del eje llegada/salida, la simbiosis entre la estática arquitectónica del edificio, la inercia mediática de los nuevos vehículos audiovisuales y la ciudad inteligente, interactiva, cruzada por cámaras de televigilancia, por radares y sensores. Las puertas de nuestras casas ya no señalan un umbral de paso que abría el espacio interior, que programaba el plano y la distribución de los volúmenes; en cada sitio donde zumba una conexión al ciberespacio se abre un portal electrónico. El asiento, una silla o un sillón, están transformándose en vehículos audiovisuales estáticos en sincronía con la llegada generalizada de la información y los viajes en el ciberespacio.

Morfología de la vitrina electrónica

La ventana era para Rilke un rectángulo de templanza contra la desigualdad del tiempo. Hoy, dice Virilio, para saber qué tiempo hace, prendemos el televisor, no abrimos una ventana y miramos fuera. Los muros de cristal funcionan como pantallas lo mismo que las ventanillas en los aviones y en los trenes bala. La membrana, en tanto superficie de contacto, está mudando al interfaz que nos permite ver, tocar y hasta manipular objetos virtuales. La "vitrina" electrónica es el último horizonte de los

trayectos, la velocidad cambia la visión del mundo. La fotografía y el cine permitían una visión objetiva. Los dispositivos electrónicos de comunicación instantánea y las computadoras generan una visión teleobjetiva. La propia pintura moderna descentró el esquema de la verticalidad y en lugar del modelo ventana apareció un plano, horizontal o inclinable, que funciona como plataforma de recepción de datos. Vivimos en el espacio del vínculo, del hipervínculo desmaterializado: el internet y los medios electrónicos hacen trizas los planos aproximados en el tiempo y en el espacio, muchas de nuestras actividades se realizan en una metaciudad virtual. Algunos la conocen como Ciudad Control.

En *La inercia polar* (1990), Virilio explica cómo en la medida en que crece la velocidad el control tiende a reemplazar el entorno mismo: “cuanto más aumenta la velocidad del movimiento, se hace más absoluto el control, omnipresente”. Virilio se ha mantenido siempre muy cerca de la fenomenología husserliana y, por ello, observa con temor cómo la información se impone a la realidad del acontecimiento, cómo la desrealización informática conlleva la derrota de los hechos. Si la velocidad no es un fenómeno, sino la relación entre los fenómenos, la realidad de la información está contenida en su velocidad de propagación. En consecuencia, alerta en *El arte del motor. Aceleración y realidad virtual* (1993), “la información nunca es otro cosa que la designación del estado asimilado por un fenómeno en un momento dado. La información sólo tiene valor por la rapidez de su difusión”. En ese sentido, la información, como decía Deleuze, es un conjunto de palabras de orden; informar es hacer propagar una palabra de orden.

Control y colonización de la intraestructura

“El tiempo del mundo acabado comienza...”, escribió Paul Valéry. Si no hay palabra sin silencio tampoco hay trayecto sin distancia. Virilio continúa el poema de Valéry: “la distancia es el silencio del trayecto, de todos los trayectos”. ¿Cómo comienza el tiempo del mundo acabado? Con una imagen muy potente, Virilio traza la escenografía de ese comienzo obturado desde el comienzo: al alcanzar la magnitud de aceleración infranqueable, esos 300 000 kilómetros por segundo —de nuevo La Cifra—, la carrera va a seguir en el interior de la materia viva, reconstituyendo su dinámica vital, fagocitando lo vivo. Se trata de la creación del estrato de la intraestructura, un estrato que Jünger entrevió en *Las abejas de cristal*.

El desvanecimiento de la exo-centralidad territorial y la distancia infraligera entre el entorno real y el virtual son fenómenos que enuncian una nueva relación espacial. No sólo implica un ajuste entre la presencia y la telepresencia a distancia, entre la acción y la teleacción, también se desarrolla y aumenta la ego-centralidad de las personas. La interactividad promete intercambios renovados y valiosos, pero también puede encerrar a cielo abierto, en la velocidad absoluta, por medio de la programación asistida. Esta nueva relación espacial está trabada con la mudanza de las disciplinas al control, ahora el control del entorno es permanente, está relacionado con cada momento de la vida.

En *La inseguridad del territorio* (1976), Virilio hacía ver que la tecnocracia no pretendía guiarse por la razón y el progreso, sino por el temor. La administración del miedo, esa “magia civil” de la que hablaba Artaud, había tomado el servi-

cio activo. El objetivo perseguido era crear un estado permanente de inseguridad en el conjunto del espacio. Virilio escribió este libro desde el mundo bipolar, ahí paz y guerra se identificaban; eran dos sistemas de ruina y los dos prospectivos: la economía de guerra deviene modelo para la economía de paz, la guerra seguida por otros medios. Los programas tecnocráticos son “marcos de integración”, estructuras a las que las implicaciones sociales, culturales, así como los estratos urbanísticos y geográficos, debían subordinarse. En síntesis, se trataba de la absorción del medio viviente en una estructura instrumental.

El control absorbe el medio viviente en una estructura instrumental —biopoder— y, a la vez, se convierte en el entorno de sustentación permanente. Incorpora la estandarización de los productos y de las costumbres propias de la época industrial a la sincronización de la opinión posindustrial. La sincronización se realiza en todo el campo, en cada una de nuestras actividades acostumbradas, pero tiene efectos notables en la configuración de las subjetividades, en el desvanecimiento de los trayectos y en la colonización de la intraestructura.

La geopolítica operaba acondicionando el espacio real para modelar el territorio: alargarlo si se buscaba extender el “espacio vital”, acortarlo si había que plegarlo como arma. El control, en cambio, aspira a convertirse en el sustituto del entorno de los hombres. No sólo moldear los espacios, sino funcionar como el entorno de sustentación que asiste las conductas, las programa y automatiza la percepción. Ya no se busca sólo disponer el entorno, hay que controlarlo por medio de las técnicas de la interactividad en tiempo real. Esta colonización de la intraestructura humana genera una transferencia de lo sucesivo

—esas referencias externas, como el clima o la extensión, que Virilio ve amenazadas y a las que pasa revista en *La inercia polar* (1990)— a lo intensivo “donde reina en solitario la auto-referencia, la inmediatez y la ubicuidad”.

Según Richard Sennet, la semiótica de la personalidad de la burguesía moderna se componía de tres partes: la intensificación de la idea de personalidad hasta convertir al mundo en un espejo narcisista del yo, el yo convertido en fenómeno proteico, y la tercera, el modo en que ese yo se relacionaba con los demás al involucrarse en transacciones mercantiles de auto-realización.

Auto-referencia, inmediatez y ubicuidad son los nuevos componentes de las subjetividades en la era del hipervínculo desmaterializado. Ya no el narcisismo ligado y en tensión constante con la disolución de lo público; los componentes de la subjetividad interactiva apuntan a modos de vida exógenos de la sociedad y de las comunidades. Ya no Narciso, sino los emperadores de sí mismos, como los llamó Peter Handke, ensimismados en la conexión universal, reducidos a la inmediatez de la cháchara electrónica y de la televigilancia permanente, dislocados por la autodivinización desesperada de la ubicuidad.

No sólo los trayectos se han contraído, los cuerpos están en proceso de disolución. El cuerpo territorial reducido al tiempo de la velocidad de emisión de las ondas electromagnéticas. El cuerpo social en desintegración progresiva en el medio concentrador de la ciudad. El cuerpo animal en ruta de obsolescencia por la invasión de las tecnologías transgénicas y el *design* de la biología, la medicina genética, la biomecánica nano, la robótica y la biocibernética, empujando una remodelación que apun-

ta más allá del *body building*, de la cirugía estética, de la dietética anabólica.

Jünger observó el almacén planetario de la técnica, la corriente circumpolar de la técnica, extendiéndose a lo largo y ancho de la geografía del cuerpo territorial y del espesor geológico de El Geoide. Virilio observa cómo la miniaturización nanotecnológica y la bioingeniería genética se aprestan a colonizar la intraestructura de los cuerpos animales.

La técnica, nos ha enseñado Virilio, es inseparable del lugar de la técnica. Hoy, el lugar de las técnicas de punta es el de lo infinitamente pequeño de los genes, de las vísceras. Hay aquí una línea de mudanza muy pronunciada entre los poderes que genera distorsiones, incluso, de tipo ontológico —la biomecánica nano penetra y corroe el estatuto del cuerpo indiviso—. Si los trenes subterráneos, el drenaje y el cableado eléctrico recorren las entrañas de las ciudades, ahora se equipa “el espesor de lo viviente con micromáquinas susceptibles de estimular eficazmente nuestras facultades...”, observa Virilio en *El arte del motor. Aceleración y realidad virtual* (1993), con el estupor propio de quien ha asistido primero al desfile macromecánico industrial y, luego, al espectáculo invisible de la biomecánica nano y de la experimentación genética. ¿Dónde quedó el sueño de Marinetti de equiparar el cuerpo a la locomotora o a la turbina eléctrica?

La aparición de la intraestructura conduce a la abolición del par interno/externo, una distinción que sostenía la percepción humana. El temor de Virilio es que el *design* no se detenga en el desarrollo de los músculos o de la flexibilidad de las articulaciones mediante el uso de productos anabólicos, ni en las metamorfosis “estéticas”, sino que, al unificar los campos

de la genética, la química orgánica y las neurociencias, se pase al *metadesign* posthumano o a la modulación de las funciones nerviosas y de los comportamientos. ¿No podrían manipularse los mecanismos cerebrales de procesamiento multisensorial para, por ejemplo, hacer que alguien sienta que su cuerpo es el de un avatar digital, el de un robot controlado por telepresencia, o el de otras máquinas? Pues bien, no sólo es posible; ya está hecho.

En sus más recientes libros, Virilio despliega el par límite/ilimitado. Como un dramaturgo que no está contra el presente sino que desea mostrar su drama, ha convertido sus libros en una extensión del periscopio que encontró en su juventud caminando por las playas añadiéndole sensores sutiles: "Mi trabajo es el de un hombre limitado que debe tratar una situación sin límite. Un hombre que ha empezado a interesarse por la velocidad en el momento en que se ponía en práctica la velocidad límite", cuenta con apremio en *El ciber mundo, la política de lo peor*. De un lado del par opuesto, habría que esperar el accidente total. Para Virilio no hay ganancia sin pérdida, no hay adquisición tecnológica sin pérdida en el nivel del ser vivo, no hay invento sin accidente. Como el mundo es un espacio limitado, tarde o temprano las pérdidas serán irreparables, ya no habrá más ganancias. En el lado de la intraestructura, el *metadesign* de las biotecnologías podría atravesar el límite de lo humano y dar paso a la reducción de sus propiedades con el pretexto de completarlas y asistir las. Para Burroughs el ser humano era un experimento fallido y los controladores se deleitaban congelando su evolución en el grado cero, un límite infranqueable que clausuraba el umbral posthumano. Virilio muestra que la colonización del cuerpo por las biotecnologías

podría conllevar una serie de distorsiones que atravesen el límite de lo humano, que lo sitúen en la abyección de la experimentación con vistas a un recambio extrahumano. El *design* posthumano o neohumano disminuye al individuo, lo reduce. Pero, ¿no podría también hacerlo crecer?

El drama de los límites está en sus primeros actos. Virilio observa la línea terminal del día que fabrica tiempo.

GILLES DELEUZE: LÓGICA Y PROGRAMA DE LA SOCIEDAD DE CONTROL

Banda sonora

“No hay líneas rectas ni en las cosas ni en el lenguaje”, se alcanza a escuchar en una grabación poblada de ruidos de puertas que se cierran, estornudos, risas y pulsos de las caseteras. Una voz navega en un flujo entrecortado por ondulaciones, cambios de velocidad, curvas de entonación para encantar a los oyentes, guiños guturales, gorjeos de intensidad variable que han logrado impregnarse y que le dan una potencia de silencio capaz de cortar el ruido blanco de la estática. La voz continúa: “la sintaxis es el conjunto de caminos indirectos creados en cada ocasión para poner de manifiesto la vida en las cosas”. Gilles Deleuze da su curso de los martes, dedicado a Spinoza, un filósofo que conocía “en su corazón”. En uno de los tramos de ese curso, Deleuze explica que poder y potencia se oponen porque el poder es una institución que funciona esencialmente afectándonos de afectos tristes; disminuyendo nuestra potencia de actuar. En cambio, las potencias de liberación son aquellas que nos afectan de afectos alegres.

Deleuze se alejó siempre del pensamiento de lo negativo, aún en su forma crítica. A la interpretación canónica de las obras de Kafka, por ejemplo, centrada en la teología negativa

de la trascendencia de la ley, la interioridad de la culpabilidad, la subjetividad de la enunciación, el drama interior y el tribal íntimo, Deleuze y Guattari le opusieron una experimentación que vacía ese trabajo en negativo para abrir paso a una literatura menor y a la potencia del deseo: un campo de inmanencia. Gracias a esa lectura renovadora sabemos, con Kafka, que no existe “el” poder como una trascendencia infinita en relación con nosotros. El poder no es piramidal, aunque contenga pirámides, sino segmentario; procede por contigüidad, como las oficinas burocráticas, y no por altura y lejanía.

La imagen del poder presentada por la crítica negativa resulta, en última instancia, tranquilizadora. Un poder omnímodo, unidimensional, monopólico y monolítico, instrumental, totalitario. Pero un poder que al destacarse aún en el fondo de la dialéctica del iluminismo concluye en el dominio de la objetividad y de la racionalidad más ciegas y, por tanto, puede ser corregido o sobrepasado por medio de una reforma de la racionalidad imperante. Deleuze diluyó consistentemente ese presupuesto confortable y adormecedor. Los grandes relatos, las grandes oposiciones, funcionan como tabiques para cerrar tal muro u otro. Nada más alejado de las experimentaciones deleuzianas, de la flama tenaz con que su escritura eleva nuestros días y fortalece la realidad. “Individuos o grupos estamos hechos de líneas...”

Las líneas, los segmentos, la urdimbre de los poderes

Deleuze era un gran observador por intensidades. No sólo aquellas dedicadas a las obras de los pintores que amó, sino también

esas pequeñas observaciones que cortan la luz y aportan una nueva energía de dirección. La forma en que alguien camina, los movimientos con que acompaña su andar, le sirven como indicador de que ese caminante no está aún atrapado en la línea de segmentaridad dura. O los pasajes en los que observa los mapas de los niños autistas, sus fronteras de hojas, sus límites de palitos. Con esas observaciones de sobrevuelo se nutren la geografía y la cartografía rizomáticas de Deleuze.

“Estamos segmentarizados por todas partes y en todas direcciones...”, está escrito en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (1980). Un primer tipo de línea sería de segmentaridad dura, molar. Segmenta binariamente —hombres y mujeres—, circularmente con discos cada vez más anchos —mi casa, mi barrio, mi ciudad—, linealmente —la familia-y luego la escuela-y luego el servicio militar-y luego la fábrica-y luego el retiro—. Segmentos determinados en todas direcciones, cortándonos en todos los sentidos. Al mismo tiempo tenemos unas líneas de segmentaridad más flexibles, moleculares, un tejido micrológico en constante mutación que no sólo atraviesa a los individuos, sino también a los grupos y a las sociedades; líneas que trazan pequeñas modificaciones, sin que por ello sean menos precisas, puesto que llegan a dirigir procesos irreversibles, como hace ver Deleuze en *Diálogos* (1977): “Un oficio, por ejemplo juez, abogado, contable, criada, es un segmento duro, pero también es muchas más cosas; ¿cuántas conexiones, atracciones y repulsiones se producen en él que no coinciden con los segmentos duros? ¿Cuántas locuras secretas y a pesar de todo en relación con los poderes públicos?”.

Existe una tercera línea, la línea de fuga, una línea simple y, sin embargo, la más complicada de todas, la línea del “um-

bral absoluto". Las tres líneas están imbricadas unas en otras; son inmanentes. La micropolítica, el esquizoanálisis, según Deleuze, no tienen otro objeto que el estudio de estas líneas en los grupos y en los individuos. Si Foucault creó una escalometría para dar cuenta de la mudanza de los diagramas de poder, Deleuze creó una rizomática para distinguir las imbricaciones entre las líneas de los diagramas.

La línea molecular y la línea molar funcionan en razón inversa, en el sentido de que una —molecular— escapa a la otra —molar—, y de que ésta detiene a la primera, le impide seguir escapando; le impide seguir *ad infinitum* con su trayecto de desterritorialización. Pero ambas líneas son estrictamente complementarias y coexistentes, una existe en función de la otra aunque sean diferentes, sin corresponderse término a término. Así, lo molecular y lo molar no son dos escalas que se distinguen como una pequeña y otra grande. "Si lo molecular actúa en el detalle", quedó escrito en *Mil mesetas*, "no por eso deja de ser coextensivo a todo el campo social, lo mismo que la organización molar". La diferencia entre micro y macro es importante, pero lo que aparece aquí es una distinción entre dos tipos de multiplicidades. Que uno de estos dos tipos refiere preferentemente a micro-multiplicidades es sólo una consecuencia secundaria. El pensamiento de las multiplicidades es la marca deleuziana al momento de determinar las condiciones operativas del control.

Si la escalometría enfoca las escalas, la rizomática cartografía la naturaleza del sistema de referencia considerado y prepara una tipología de las multiplicidades. Para Deleuze y Guattari el sistema político contemporáneo es un todo global, unificado y unificante, una máquina abstracta de sobrecodificación, que im-

plica un sistema de subsistemas yuxtapuestos, imbricados. La morfología de un centro de poder servirá para mostrar el enmañamiento de las líneas y de sus vectores de funcionalidad:

Centro de poder

En ocasiones, a Deleuze le gustaba insertar en sus escritos pequeños dibujos-mapas como los que se hacen a vuelapluma en una servilleta o en una libreta de apuntes, con el fin de zafarse de una imagen, de trazar un esquema, de darle vueltas a un pensamiento. Sea un centro de poder con sus segmentos duros, donde cada segmento tiene su centro, sus centros —gracias a Kafka nosotros sabemos que no hay contradicción entre los segmentos y el aparato centralizado tal como no la hay entre la jerarquía y los segmentos—.

El centro de poder también es molecular, se ejerce sobre una urdimbre micrológica, no hay centro de poder que no tenga una microtextura. Es por esta microtextura que el punto central no actúa como un punto en el que se confundirían los otros puntos, sino como un “punto de resonancia” para los otros puntos. Es la microtextura la que explica, por ejemplo, que un oprimido pueda tener un papel activo en el sistema de opresión. Aquí sobreviene la función de los centros de poder: traducir los flujos moleculares en segmentos de línea molar que encuentran de esta manera “el fundamento de su potencia y, a la vez, el fondo de su impotencia”. En un centro de poder potencia e impotencia se completan y se refuerzan. De ahí su poder desmovilizador. El centro de poder tiene tres zonas: zona de potencia, que se relaciona con los segmentos de una línea mo-

lar. Zona de indiscernibilidad, en relación con su difusión en una urdimbre micrológica. Zona de impotencia, en relación con los flujos de quantums que sólo puede reconvertir, pero no controlar ni determinar; muchos centros de poder pueden definirse más ajustadamente por su impotencia que por su zona de potencia. La zona de potencia se define, por ejemplo, en un aparato de estado o en un dispositivo de poder, extrae su fuerza de la zona de impotencia y se difumina en la urdimbre microfísica. Pero el sentido inverso también existe: va de la urdimbre microfísica a las líneas de segmentación dura. Es por ello que el estado funciona como una caja de resonancia para todos los demás puntos, no como un punto que carga con los otros.

Deleuze hace una observación de corte jüngeriano: cuando la máquina de sobrecodificación deviene planetaria sus agenciamientos tienden cada vez más a miniaturizarse, a devenir microagenciamientos. Por ello, la administración de una gran seguridad molar organizada, como la de los países occidentales contemporáneos, tiene como correlato una micro gestión de pequeños miedos, una inseguridad molecular permanente. “La fórmula de los ministerios del Interior”, ha sido escrito en *Mil mesetas*, “podría ser: macropolítica de la seguridad para y por una micropolítica de la inseguridad”.

Las líneas, los segmentos, la urdimbre de los poderes II

Los segmentos implican dispositivos de poder muy diversos. Para Deleuze, una de las aportaciones decisivas de Foucault fue el negarse a ver esos dispositivos como emanaciones de un

estado preexistente. “Al descubrir esta segmentaridad y esta heterogeneidad de los poderes modernos, Foucault ha podido romper con las abstracciones vacías del Estado y de la Ley, renovando así todos los presupuestos del análisis político...”, señala en *Diálogos* (1977). Entonces, en la línea de segmentaridad molar, dura, hay que distinguir los dispositivos de poder que codifican los diversos segmentos; la máquina abstracta que los sobrecodifica y regula, que permite la traducción, la convertibilidad de los segmentos, y el aparato de estado que efectúa dicha máquina.

Cada especie de línea tiene sus peligros. La línea molar, de segmentos duros, nos corta y nos impone las estrías de un espacio homogéneo. Las líneas moleculares pueden reproducir en miniatura las afectaciones de la dura —se sustituye a la familia por una comuna, se sustituye la conyugalidad por un régimen de intercambio y de migración, los espacios públicos por las correas de transmisión grupusculares, etc.—, y arrastran sus propios microfascismos. En tanto que desde las líneas de fuga siempre corremos el riesgo de abandonar sus potencialidades creadoras para transformarlas en líneas de muerte, en líneas de abolición pura y simple —esa inversión de la línea de fuga en línea de destrucción animó los núcleos moleculares del fascismo—. Las tres líneas no sólo coexisten o están imbricadas; se transforman, pasan cada una a las otras. Una línea no va de un punto a otro, pasa entre los puntos, sin dejar de bifurcarse y de divergir.

El mapa de las líneas de Deleuze no se propone representar, interpretar ni simbolizar. Señala posiciones, marca distancias, distingue movimientos, dibuja contornos, analiza funciones, procesos, correlaciones y combinaciones. En una primera

mirada, parece un mapa asfixiante, sin salidas, donde las líneas van de intercambiador en intercambiador, creando espirales, madejas, círculos concéntricos, líneas y más líneas superpuestas prolongándose unas a otras, estrechando los espacios, pero también paquetes de líneas cortándose, infestando los estratos, ahogando las líneas de fuga, ocluyendo los planos y creando vectores de aislamiento molar. ¿Quién podría encontrar una línea de resistencia, una línea de encuentro, una línea de potencialidad creativa en ese mapa? ¿No resulta tanto más asfixiante que la fría desolación de la crítica negativa?

Hay que mirar de nuevo el mapa de las líneas. Hay que mirarlo como un plano holográfico que brilla en el aire. Entonces descubrimos que el ejercicio contemporáneo del poder no se reduce a la alternancia de represión o ideología, ni de encierro o medios abiertos, sino que implica procesos de normalización imbricados en la serie moldear-modelar-modular. En esos procesos se juegan las líneas del mapa: mudan, se transforman, adquieren velocidades de metamorfosis o de hibridación, nunca permanecen en un mismo estado. Ninguna configuración está asegurada, ninguna oclusión, ninguna resistencia, ninguna salida. El modo nómada, desde el que tanto trabajó Deleuze, es ilustrador al respecto: excluidos de la Historia, se metamorfosean para reaparecer de otro modo, bajo formas inesperadas, en las líneas de fuga del campo social. Para Deleuze, despejar los conceptos que corresponden a una multiplicidad implica necesariamente trazar las líneas que la componen, determinar la naturaleza de esas líneas, observar cómo se enredan, bifurcan, se conectan, evitan o no los centros de poder. Las multiplicidades son la realidad misma, no forman parte de ninguna totalidad, no suponen unidad alguna, no

remiten a un sujeto. En el prefacio a la edición italiana de *Mil mesetas*, Deleuze explica que las principales características de las multiplicidades conjugan sus elementos, que son las singularidades, sus relaciones que son los devenires, sus acontecimientos que son las individuaciones sin sujeto, sus espacio-tiempo que son espacios y tiempos lisos, su modelo de realización que es el rizoma, su plano de composición que constituye zonas de intensidad continua —mesetas—, los vectores que las atraviesan y que constituyen territorios y grados de desterritorialización. En este punto se inscribe una de las diferencias entre la microfísica y la rizomática: para Foucault, el campo social está atravesado por estrategias; para Deleuze y Guattari, hay una fuga generalizada. Historia o devenires.

La sociedad de control

En *Van Gogh. El suicidado por la sociedad*, Antonin Artaud observa que el internamiento disciplinario no es la única arma de la sociedad “para acabar con las voluntades que quiere quebrar”. Existen “las grandes oleadas de encantamientos globales”; “la formidable succión, la formidable opresión tentacular de una especie de magia cívica, que pronto aparecerá de forma evidente en las costumbres”. Artaud no nos da más pistas sobre esa magia cívica que, al funcionar en tanto encantamiento global, succionará las costumbres y no estará supeditada a la función modeladora del internamiento disciplinario, pero la fuerza de su visión traspasó el confinamiento al que se le había sometido.

Hay todo un esquema interpretativo que hace del diagrama disciplinario un diagrama del encierro. El hospital, la pri-

sión, el asilo, la escuela, las fábricas vistos como dispositivos estancos o segmentos sin funciones de exterioridad. Quizá esta interpretación se deba a que, en ocasiones, Foucault privilegiaba la descripción de los elementos molares, duros, de estos dispositivos. Paul Virilio, por ejemplo, mostró que el problema de la “policía” no era un problema de encierro, sino de redes de comunicaciones, de velocidades y aceleraciones, de dominio y control de esas velocidades, de circuitos en medios abiertos. En su *Foucault* (1986), Deleuze habla de una “zona ciega” donde se producen los encuentros entre los pensadores, y aclara que el encierro de los locos se hace bajo el modo del exilio y el encierro del leproso y de los delincuentes bajo el modo delapestado. Esos modos y modelos son funciones de exterioridad que se efectúan, se formalizan y se organizan por medio de los mecanismos de encierro. Así, la prisión como segmentaridad dura, celular, remite a una función flexible y móvil, a una circulación controlada, a una red que atraviesa también medios abiertos.

Sin embargo, entre el diagrama disciplinario y el del control se extraen nuevos mapas —un diagrama en una superposición de mapas—. “Cuando el diagrama del poder abandona el modelo de soberanía para proporcionar un modelo disciplinario, cuando deviene biopoder, biopolítica de las poblaciones, responsabilidad y gestión de la vida, la vida surge como nuevo objeto del poder...”, escribe Deleuze en *Foucault*, despejando las líneas de los diagramas.

El modelo disciplinario concentraba, repartía en el espacio, ordenaba en el tiempo, componía una fuerza productiva cuyo efecto debía superar la suma de las fuerzas componentes. En el diagrama de control, el encierro, la circulación y las velocidades entablan nuevas relaciones, forman nuevos compuestos de re-

laciones de fuerzas, otras acciones para producir efectos. Las velocidades absolutas al “aire libre”, como las ha analizado Virilio, reemplazan las velocidades propias de las disciplinas. Las circulaciones continuas y de rotación rápida reemplazan la circulación discontinua y de larga duración de las disciplinas. Los controles constituyen una modulación, las disciplinas eran moldes.

Modulación

A Gilles Deleuze le debemos, entre muchas otras cosas, sostener la potencia de la filosofía, la fuerza creativa de la filosofía. Ateñazada entre la grandilocuencia analítica, la empresa heideggeriana para subsumir la filosofía a la historia de la filosofía, el ensimismamiento hermeneútico, la liviandad de la acción comunicativa, la filosofía se había estancado en una función reflexiva. La filosofía estaba siempre lista, presta para reflexionar sobre cualquier cosa. Deleuze despejó esa función indigna: al “tratar a la filosofía como un poder para “reflexionar sobre”... parece que se le asigna mucho, pero en realidad se le quita todo”. La filosofía es una disciplina creadora, tan inventiva como el arte o la ciencia, consiste en crear conceptos, bajo la necesidad insistente, fabricar los conceptos en el límite común a todas las disciplina creadoras: el espacio-tiempo.

El concepto deleuziano de modulación, con el que captura varias líneas de fuerzas de la sociedad de control, conoció diversas fases de construcción. En el curso dictado en Vincennes, entre el 31 de marzo y el 2 de junio de 1981, Deleuze se pregunta por el diagrama pictórico buscando el momento en que

la pintura impone un destello sobre los conceptos filosóficos. Al analizar las diferencias entre el lenguaje analógico y el digital, Deleuze encuentra tres formas de analogía: la analogía por similitud, la analogía por relación interna y la analogía por modulación. La primera es una analogía común o física y su modelo es el molde; es una operación de superficie donde se moldea algo, se le impone una similitud. La segunda es una analogía orgánica y su modelo es el módulo; es una operación de moldeado interior, un molde que moldearía el adentro. La tercera forma de analogía es estética y su modelo es la modulación; es una operación continua y perpetuamente variable. La analogía agrupa los tres casos: el molde, el módulo, la modulación, toda una serie conceptual creciente. Como sucede en muchas series, los elementos de los extremos están más abiertos a la claridad de las diferencias. Respecto al módulo, ¿cómo funcionaría un moldeado interior si no es haciendo primero su superficie? Deleuze buscaba situar la “legalidad orgánica” del arte griego en contraposición a la “legalidad cristalina” del arte egipcio, la analogía superficial tiene una individuación pelicular como el cristal que crece por los bordes sin que importe la sustancia interna. ¿En qué se diferencia el transporte analógico orgánico del moldeado? De una zona de congelación profunda, Deleuze extrae un concepto de Buffon: “molde interior”, un concepto contradictorio que suscitó muchas burlas ya desde el siglo XVIII y por medio del cual se explica que lo viviente no se reproduce por moldeado externo, sino por moldeado interior. ¿Cómo se desarrolla esta noción de molde intrínseco y cómo opera? En la *Historia natural de los animales*, Buffon explicaba: “Sería a la vez una medida, pero una medida que subsumiría, que contendría una diversidad de relaciones entre las partes.

Una medida que comprendería, en tanto tal, muchos tiempos o una variación de las relaciones interiores”. Para Deleuze el nombre de esa medida, de ese molde interior, es “módulo”. Para los extremos de la serie, recurre a la diferenciación instituida por Gilbert Simondón en un libro difícil y puro: *El individuo y su génesis físico-biológica* (1964): moldear es una operación finita en el tiempo, modular es un molde temporal continuo. Moldear es modular de manera definitiva; modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable. La analogía en un sentido estético puede ser definida por la modulación porque en la obra de arte no hay transporte de similitud cualitativa —molde— ni tampoco mero transporte de relación interna —módulo—, sino producción de similitud por medios no parecidos, no semejantes.

Saltan al oído las resonancias que esta serie creciente tiene en la mudanza de los poderes. En más de un sentido es posible transportar el molde a las sociedades disciplinarias y la modulación a la sociedad de control. Las disciplinas moldean, el control modula.

En *Mil mesetas*, publicado un año antes que el curso al que se ha aludido, Deleuze y Guattari trabajaron la idea de una vida no orgánica: la vida del concepto, que ellos ligaban, en cierto tramo de su libro, a lo que llamaban la “revancha del silicio”. La vida pasó por el carbono, pero las máquinas contemporáneas están atravesadas por el silicio, una vida no orgánica distinta de la vida orgánica asociada al carbono. En ese sentido es que se habla de un agenciamiento-silicio. El agenciamiento —*agencement*— es un concepto polivalente: en una dirección es utilizado para reemplazar la noción de comportamiento y, por ende, disolver la distinción naturaleza-cultura. Un comportamiento es todavía un contorno, está más cerca

del molde. Un agenciamiento, en cambio, es una continuidad intensiva que mantiene unidos elementos heterogéneos: un sonido, un color, un gesto, una posición, una in-consistencia más cercana a la modulación. De líneas como éstas surgirá el concepto de modulación que Deleuze utilizará para definir la lógica y el programa de la sociedad de control. Un concepto que, además, le permitió atravesar el flujo de mudanza de los poderes.

Lógica y programa de la sociedad de control

Deleuze escribió un *post scriptum* sobre las sociedades de control. Un escrito muy bello, con ideas tenaces y palabras desiertas. ¿Escrito después de qué? Se podría pensar que, en tanto es el último texto que aparece en *Conversaciones* (1990), y dado que ese libro recoge las entrevistas que concedió entre 1972 y 1990, se trata de un texto escrito *después* de las conversaciones o de la palabrería. Algo así como una nota escrita para delinear con mayor precisión lo dicho en las entrevistas y en algunas cartas de circunstancias. Pero también podría pensarse en un *después* conectado con lo que viene *ahora*, un escrito de declaración de resistencia y de acción, escrito *después* de iniciadas las hostilidades. La sociedad de control no viene, ya estamos en ella.

La lógica de la sociedad de control atraviesa tres zonas de intensidad continua: una caracterización de sus medios operativos desplegada en contrapunto a los medios disciplinarios; una fragmentación del capitalismo de superproducción, y una genealogía de las máquinas como expresión de las formaciones sociales:

Los diferentes centros disciplinarios —escuela, hospital, fábrica, etc.— funcionan como variables independientes. Los diferentes dispositivos de control, en cambio, son variantes inseparables que constituyen un sistema de geometría variable cuyo lenguaje es numérico.

Los centros disciplinarios son moldes. Los controles constituyen una modulación, un moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante o una criba cuya malla varía en cada punto.

En las sociedades disciplinarias siempre había que volver a empezar. Terminada la escuela empieza el cuartel, después la fábrica, mientras que en la sociedad de control nunca se termina nada: la empresa o la educación o el servicio son estados metaestables y coexistentes de una misma modulación. La formación permanente en las universidades, ligada a la prospectiva empresarial, es un buen ejemplo de ello. El “aplazamiento ilimitado” por medio de un deformador universal en continua variación. O, como lo describió Burroughs, un *continuum* comunicativo-modulador en variación perpetua.

Las sociedades disciplinarias presentan la marca que identifica al individuo y el número o matrícula que indica su posición en la masa. Para las disciplinas, el poder es simultáneamente masificador e individuante, molar y molecular, forma un cuerpo sobre quienes se ejerce al mismo tiempo que moldea la individualidad de cada uno de ellos. En la sociedad de control aparece la cifra, ya no la marca ni el número. La cifra es una contraseña. El lenguaje numérico del control se compone de cifras que marcan o prohíben el acceso a la información. El par individuo-masa se ha diluido, los individuos han devenido “dividuales” y las masas, tal como lo anticipó Jünger, se han

convertido en indicadores, datos, mercados o bancos de información. El individuo de la disciplina era un productor discontinuo de energía. El individual de Ciudad Control es ondulatorio, va “suspendido sobre una onda continua”.

Burroughs llamó “capitalismo corporativo conglomerado” al capitalismo contemporáneo. Deleuze lo llama “capitalismo de superproducción”, por contraposición al del siglo XIX que era un capitalismo de concentración, de la producción y de la propiedad, cuyo mercado procedía por especialización, colonización o abaratamiento de los costos de producción. Es de superproducción porque lo que vende son servicios y lo que quiere comprar son acciones. “No es un capitalismo de producción sino de productos”, puntualiza Deleuze para extender la contraposición, “es decir, de ventas o de mercados. Por eso es disperso, por eso la empresa ha ocupado el lugar de la fábrica”. Esta diferencia se puede observar también en los salarios: las fuerzas interiores de la fábrica debían alcanzar un punto de equilibrio desequilibrante, lo más alto para la producción, lo más bajo para los salarios; en una sociedad de control, como las nuestras, la empresa busca imponer la modulación de cada salario en estados metaestables punteados por confrontaciones, concursos y bonos —Deleuze observa que el éxito de los concursos televisivos más estúpidos se debe a que expresan, como en un juego de espejos, la situación de las empresas—. Sylvère Lotringer dice muy bien que para Deleuze y Guattari el capital siempre está a su propio costado, yendo más allá de sus propios límites, y que su fin no es la producción de objetos, sino su propia reproducción a través de éstos. La primera meta de la producción capitalista es asegurar su propia circulación.

Los distintos medios analógicos que convergían en un mismo propietario —el estado o la iniciativa privada—, son en una sociedad de control figuras cifradas, deformables y transformables, de una misma empresa que ya sólo tiene gestores. Ahora, un mercado se conquista cuando se adquiere su control, cuando se pueden fijar los precios, mediante la transformación de los productos, y ya no mediante la formación de una disciplina, ni al abaratar los costos de producción ni mediante la especialización de la propia producción. El marketing es el instrumento de control social y establece que todos los estados son isomorfos; dominios de realización del capital en función de un solo y mismo mercado mundial exterior. En una entrevista con Toni Negri, en 1990, Deleuze se detenía en esta configuración mundial del mercado, contrastando su funcionamiento con la supuesta mundialización integral, y en diálogo con Ernst Jünger: “Lo único universal del capitalismo es el mercado. No hay estado universal porque ya existe un mercado universal cuyos focos y cuyas bolsas son los estados. No es universalizante ni homogeneizador, es una terrible fábrica de riqueza y de miseria. No hay un solo estado democrático que no esté comprometido hasta la saciedad en esta fabricación de miseria humana”. El capitalismo se extiende desplazando y gestionando, en franjas, la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, los demasiado pobres para endeudarlos y los demasiado numerosos para encerrarlos.

En este mismo sentido, si las máquinas expresan las formaciones sociales que las han creado y utilizado, entonces las sociedades de control actúan mediante máquinas informáticas y computadoras que tienen riesgos pasivos o activos: las interferencias, la piratería y la inoculación de virus. Las sociedades de

soberanía operaban con máquinas simples —palancas, poleas, relojes— mientras que las sociedades disciplinarias estaban equipadas con máquinas energéticas.

Con los elementos que resultan de la fragmentación del capitalismo de superproducción, Deleuze muestra el modo en que se ejerce el control y su programa. El control se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida, aunque también de forma continua e ilimitada. Un cuádrivio en vez de la tríada de las disciplinas que tenían una larga duración, infinita y discontinua. El programa de la sociedad de control significa la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación. En el régimen empresarial hay nuevos modos de tratar el dinero, a los productos y a los hombres. En el régimen hospitalario la nueva medicina sin médicos ni enfermos localiza enfermos potenciales y poblaciones de riesgo. El cuerpo individual o numérico está siendo sustituido por una materia dividida cifrada que es preciso controlar. En el régimen escolar las formas de control continuo y la acción de la formación permanente sobre la escuela se normalizan en todas partes. Tal vez, después de ser reconfigurados, reaparezcan algunos mecanismos de las antiguas sociedades de soberanía. En el régimen carcelario, por ejemplo, hay una búsqueda de penas sustitutorias, al menos para los delitos menores.

Digresión sobre el tragaluz sin fondo

Deleuze ha escrito que el par naturaleza/cuerpo o el par hombre/paisaje han sido sustituidos por el par ciudad/cerebro: la pantalla ya no es una puerta o una ventana tras la cual pasaba

tal o cual cosa, no es un cuadro o un plano en el cual se representaba algo, sino un tablero de información por el que se deslizan las imágenes como “datos”.

Sobre la televisión se ha escrito mucho. La mayoría de esos escritos comparten una crítica que parte de las debilidades e imperfecciones asociadas a la televisión, de todo lo que no es. Una crítica débil, por tanto. Deleuze, en cambio, parte de su perfección inmediata y suficiente, instantáneamente controlada y controlable. “La televisión”, le escribe a Serge Daney, “ha encontrado el medio de llegar a una perfección técnica que coincide estrictamente con la absoluta nulidad estética y noética [...] la televisión no ha buscado su especificidad en una función estética, sino en una función social, función de control y de poder, reino del plano medio que rechaza toda aventura perceptiva en beneficio del ojo profesional”.

La televisión se ha constituido como el consenso por excelencia, la técnica inmediatamente social, que no permite desincronización alguna respecto de lo social, la sociotécnica en estado puro. Burroughs practicó un corto circuito en el canon literario al sustituir el punto de vista del autor y de la autoridad por el del control y el controlador. ¿Cómo sería posible hacer un corto circuito en la televisión? “Dios es tu televisor”. La televisión, como explica Deleuze, es la forma en que los nuevos poderes de control se convierten en poderes inmediatos y directos.

Resistir

En sus novelas, Jünger y Burroughs describen espacios de resistencia individual o de pequeños grupos que funcionan bajo la

lógica de los partisanos. Resistencias que escapan a los partidos, a las organizaciones molares de trabajadores o de estudiantes; resistencias que se juegan fuera de los esquemas liberales democráticos. A su manera, Foucault y Deleuze tampoco creyeron que fuera posible entablar una lucha efectiva contra los poderes de control desde los enclaves de la democracia realmente existente. Los derechos humanos, el derecho a la información y a la diferencia, los “valores universales” de la democracia, de la comunicación y del consenso son coartadas con las cuales los poderes de control se corroboran a sí mismos. “Con razón temblamos”, escribe Deleuze en clara alusión a Habermas, “cuando oímos hablar de la búsqueda de los universales de la comunicación”.

Desde otro punto de aplicación, Deleuze comparte la desconfianza de Burroughs y de Virilio acerca de la comunicación. El dinero y los fines más aviesos de desmovilización y control la penetran por entero. Pero más tajante, crear siempre ha sido algo distinto que comunicar. En una conferencia con estudiantes de cinematografía, Deleuze mostraba que la comunicación es la propagación y la transmisión de una información. Una información es un conjunto de palabras de orden; cuando se nos informa se nos pide que nos comportemos como si creyéramos en ello. Informar es hacer circular una palabra de orden, es el sistema controlado de las palabras de orden que tiene lugar en nuestras sociedades. En ese sentido, la información es control. ¿Qué espacio queda, entonces, para la resistencia? Resistencia para qué, si todo funciona, si todos tenemos derecho a la comunicación y si ésta es el misterio resuelto de las sociedades democráticas. Las fuerzas represivas de control *soft* no impiden expresarse a nadie, al contrario, nos fuerzan a ex-

presarnos. El acto de resistencia no es ni información ni contra-información. La contra-información sólo es efectiva cuando deviene acto de resistencia. La resistencia, para Deleuze, apela a la creación de un pueblo nuevo. Y crear siempre ha sido algo distinto que comunicar. La resistencia que se merece tal nombre es, para decirlo con Lyotard, la que se desmarca tanto como puede de la duplicación de aquello contra lo que se resiste.

La dirección de las fuerzas de los poderes no está asegurada de una vez y para siempre. Los poderes yerran. Ni siquiera el capitalismo de superproducción puede seguir su avance sin crear fronteras artificiales o, como dice Lotringer, desdoblándose sobre sí mismo para contener el incontenible movimiento de sus propios flujos. Deleuze nunca creyó en la irreversibilidad de los campos de poder y mantuvo siempre una línea de resistencia visible y penetrante, línea desértica de la soledad poblada, seca y dura.

El vitalismo deleuziano: cuando el control toma la vida por objetivo, la resistencia al poder ya invoca la vida y la vuelve contra el poder. “¿No es la fuerza procedente del afuera una cierta idea de la Vida, un cierto vitalismo? ¿No es la vida esa capacidad de resistir a la fuerza?”

“No hay lugar para el temor ni para la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas.”

BIBLIOGRAFÍA

CAPÍTULO I

GNOLI, Antonio y Franco Volpi, *Los titanes venideros. Entrevistas a Ernst Jünger*, Barcelona, Península, 1998.

HERVIER, Julien, *Conversaciones con Ernst Jünger*, México, FCE, 1990.

HEIDEGGER, Martin, *Caminos del bosque*, Madrid, Alianza, 1998.

———, *Serenidad*, Barcelona, Odós, 1989.

JÜNGER, Ernst, *Tempestades de acero*, Barcelona, Tusquets, 1987.

———, *El mundo transformado*, seguido de *El instante peligroso*, Valencia, Pre-textos, 2005.

———, *El trabajador. Dominio y figura*, Barcelona, Tusquets, 1990.

———, *Sobre el dolor*, seguido de *La movilización total y Fuego y movimiento*, Barcelona, Tusquets, 1995.

———, *Sobre los acantilados de mármol*, Barcelona, Destino, 1986.

———, *La paz*, seguido de *El nudo gordiano*, *El Estado mundial y Alocución en Verdún*, Barcelona, Tusquets, 1996.

———, "Sobre la línea", en *Acerca del nihilismo*, Barcelona, Paidós, 1994.

- , *Heliópolis*, Barcelona, Seix barral, 1972.
- , *La Emboscadura*, Barcelona, Tusquets, 1988.
- , *Abejas de cristal*, Madrid, Alianza, 1992.
- , *Esgrafiados*, precedido de *Carta siciliana al hombre de la luna*, Barcelona, Tusquets, 2005.
- , *Radiaciones I. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Tusquets, 1989.
- , *Radiaciones II. Diarios de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Tusquets, 1989.
- , *Pasados los setenta I*, Barcelona, Tusquets, 1995.
- , *Pasados los setenta II*, Barcelona, Tusquets, 1996.
- , *La tijera*, Barcelona, Tusquets, 1993.
- , *Acercamientos. Drogas y ebriedad*, Barcelona, Tusquets, 2000.
- , *Eumeswil*, Barcelona, Seix Barral, 1981.
- JÜNGER, Ernst y Martin Heidegger, *Briefwechsel 1949–1975*, Klett-Cotta und Klostermann, 2007.
- JÜNGER, Friedrich Georg, *Perfección y fracaso de la técnica*, Buenos Aires, Sur, 1968.
- RILKE, Rainer Maria, *Cartas a Rodin*, Buenos Aires, Leviatán, 1982.
- SPENGLER, Oswald, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Austral, 2004.
- STIRNER, Max, *El Único y su propiedad*, México, Juan Pablos Editor, 1976.

CAPÍTULO II

DELEUZE, Gilles, *Foucault*, México, Paidós, 1987.

BIBLIOGRAFÍA

- EWALD, F., "Un poder sin afuera", en *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 164 y ss.
- FOUCAULT, Michel, *Dits et écrits I y II*, Paris, Gallimard, 2001.
- , *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI editores, 1975.
- , *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI editores, 1977.
- , *Il faut défendre la société*, Paris, Seuil/Gallimard, 1977.
- , *Seguridad, territorio, población*, Argentina, FCE, 2006.
- , *Nacimiento de la biopolítica*, Argentina, FCE, 2007.
- , *La hermenéutica del sujeto*, México, FCE, 2002.
- , "El sujeto y el poder", en H. L. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM, 1988.
- RORTY, Richard, "Identidad, moral y autonomía", en *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 323.
- VEYNE, Paul, *Foucault. Sa pensée sa personae*, París, Albin Michel, 2008.

CAPÍTULO III

- BURROUGHS, William Seward, *Naked lunch. The Restored Text*, N.Y., Grove Press, 2004.
- , *Interzone*, N.Y., Penguin Books, 1989.
- , *The soft machine*, N.Y., Grove Press, 1994.

- , *The ticket that exploded*, N.Y., Grove Press, 1994.
- , *Nova Express*, N.Y., Grove Press/Atlantic, 1964.
- , *Cities of the red night*, N.Y., Picador, 1981.
- , *Tierras del Occidente*, Barcelona, El Aleph editores, 2003.
- , *The place of dead roads*, N.Y., Picador, 2001.
- , *Word virus. The William Burroughs Reader*, N.Y., Grove Press, 1998.
- , *The job*, N.Y., Penguin Books, 1989.
- , *Last words. The Final Journals*, N.Y., Grove Press, 2000.
- , *The limits of control*, en <<http://leng7007.pb-wiki.com/BurroughsControl>>
- BURROUGHS, W. S. y Eric Mottram, *Snack...*, Valencia, Pre-textos, 1978.
- DELEUZE, Gilles y Felix Guattari, *Mil plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Éditions de Minuit, 1980.

CAPÍTULO IV

- SENNET, Richard, *Narcisismo y cultura moderna*, Barcelona, Kairós, 1979.
- VIRILIO, Paul, *L'insécurité du territoire*, Paris, Stock/Monde ouvert, 1976.
- , *Vitesse et politique*, Paris, éditions galilée, 1977.
- , *Estética de la desaparición*, Barcelona, Anagrama, 1988.
- , *L'inertie polaire*, Christian Bourgois éd., 1990.

- , *El arte del motor*, Argentina, Manantial, 1996.
- , *La velocidad de liberación*, Argentina, Manantial, 1999.
- , *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra, 1997.
- , *Un paisaje de acontecimientos*, Argentina, Paidós, 1997.
- , *La bomba informática*, Madrid, Cátedra, 1999.
- , *Amanecer crepuscular*, Argentina, FCE, 2003.
- , *Ce que arrive*, París, Éditions Galilée, 2002.

CAPÍTULO V

- ARTAUD, Antonin, *Van Gogh, le suicidé de la société*, México, Factoría ediciones, 1999 (ed. bil.).
- BUFFON, Georges Louis Leclerc conde de, *L'histoire naturelle: l'édition en ligne*, en <www.buffon.cnrs.fr>.
- DELEUZE, Gilles, *Spinoza: immortalité et éternité*, París, Gallimard á voix haute, CD # 1, 2007.
- , *Pourparlers (1972-1990)*, París, Les Éditions de Minuit, 2003.
- , *Foucault*, México, Paidós, 1987.
- , *Deux régimes de fous*, París, Les Éditions de Minuit, 2003.
- DELEUZE, G., y Felix Guattari, *Kafka. Pour une littérature mineure*, París, Les Éditions de Minuit, 1975.
- , *Mille plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Les Éditions de Minuit, 1980.
- DELEUZE, G., y Claire Parnet, *Dialogues*, París, Flammarion, 1977.

- DELEUZE, G., Michel Foucault, Antonio Negri, *et. al.*, *Ensayos sobre biopolítica*, Argentina, Paidós, 2007.
- GUATTARI, Felix, *Caosmosis*, Argentina, Manantial, 1996.
- LOTRINGER, Sylvère, "Hacer teoría", en *SP. Revista de libros*, México, dic.-ene., 2009-2010.
- LYOTARD, Jean-Françoise, *Moralités posmodernes*, Paris, Éditions Galilée, 1993.
- SIMONDÓN, Gilbert, *L'individu et sa genèse physico-biologique (l'individuation à la lumière des notions de forme et d'information)*, Paris, PUF, 1964.

ÍNDICE

PREFACIO	11
ERNST JÜNGER: PODER Y RESISTENCIA EN LA EDAD DE LA RADIACIÓN	15
MICHEL FOUCAULT: LA ESCALOMETRÍA DE LOS DIAGRAMAS DE PODER	41
WILLIAM BURROUGHS: <i>FEED-BACK</i> DESDE CIUDAD CONTROL AL JARDÍN DEL EDÉN	61
PAUL VIRILIO: EL TIEMPO DEL MUNDO ACABADO COMIENZA	81
GILLES DELEUZE: LÓGICA Y PROGRAMA DE LA SOCIEDAD DE CONTROL	95
BIBLIOGRAFÍA	117

La mudanza de los poderes. De la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, de Salvador Gallardo Cabrera, se terminó de imprimir en Casa Aldo Manuzio, S. de R. L. de C. V., con domicilio en Tennessee núm. 6, col. Nápoles, 03810 México, D.F., en agosto de 2011. En su composición se utilizó tipo Agaramond de 14:16, 12:14, 10:12 y 9:12 puntos.

Próximos títulos:

ZURITA

Raúl Zurita

Nunca cambies. Poemas 2000-2010

Inti García Santamaría

La Tirana y Los Sea Harrier

Diego Maquieira

El mal de vivir

Annunziata Rossi

La Divina Revelación

Héctor Hernández Montecinos

Paisajes en el oído

Alberto Blanco

Este libro es un viaje fascinante por el territorio fragmentado y accidentado de unos poderes que se metamorfosean continuamente. El motor que impulsa a Salvador Gallardo Cabrera en su exploración está formado por cinco poderosos escritores –Jünger, Foucault, Burroughs, Virilio y Deleuze– que le inspiran una actitud abierta, crítica y creativa. Pasa del estudio de los moldes que en forma disciplinada ordenaban las conductas, a un análisis de la manera en que, como en una música desenfrenada, se modula hoy la vida de la gente. El salto del moldear al modular revela las formas que adoptan los poderes en nuestros días. Un excelente libro de teoría política.

Roger Bartra



9 786077 742432